



Centre d'Estudis Demogràfics

**TRAYECTORIAS FAMILIARES DESPUÉS DE
LA VIUDEDAD EN ESPAÑA. MARCO
TEÓRICO Y FACTORES DETERMINANTES ***

Jeroen Spijker

326

* Aquest *Paper de Demografia* s'ha publicat a:
SPIJKER J.J.A. (2012). "Trayectorias familiares después de la
viudedad en España: un estado de la cuestión".
Sistema: Revista de Ciencias Sociales, 224, pp. 21-40.
Versió prèvia

Centre d'Estudis Demogràfics

2007

SPIJKER, Jeroen.- Trajectòries familiars després de la viduïtat a Espanya. Marc teòric i factors determinants.

Resum.- Encara que els estudis de les trajectòries familiars després del divorci i la monoparentivitat han rebut durant la darrera dècada un interès més ampli dins la sociologia espanyola, els determinants i les característiques dels diferents tipus de trajectòries familiars posteriors a la defunció de la parella no s'han estudiat extensivament a Espanya des del treball clàssic d'Alberdi i Escario al 1986 que, en qualsevol cas, només va estudiar les viudes. Per aquest motiu, complementant l'estudi de les trajectòries familiars postdivorci amb les de viduïtat pot resultar molt fructífer per l'aportació de coneixement sobre unes dinàmiques familiars cada vegada més plurals i complexes en l'àmbit dels estudis socials que fins al moment han estat poc concorreguts. Malgrat tot, abans d'entrar a buscar respostes a objectius empírics, aquest "paper" fa una introducció al tema de la formació familiar després de la viduïtat i resumeix breument estudis previs i els conceptes i teories relacionats amb la viduïtat, la selecció de parella en general i les segones unions que involucren vidus i vídues en particular.

Paraules clau: Tercera edat, gènere, família, viduïtat, segones núpcies, living apart together.

SPIJKER, Jeroen.- Trayectorias familiares después de la viudedad en España. Marco teórico y factores determinantes.

Resumen – Mientras los estudios de la trayectoria de la familia después del divorcio y la monoparentalidad han recibido en la última década un interés más amplio en la sociología española, los determinantes y las características de los diversos tipos de trayectoria familiar posteriores al fallecimiento de la pareja no se han estudiado extensivamente en España desde el trabajo clásico del Alberdi y Escario en 1986, que, en cualquier caso, sólo estudió las viudas. Por eso, complementar el estudio de las trayectorias familiares post-divorcio con las de la viudedad puede resultar muy fructífero por la aportación de conocimiento sobre unas dinámicas familiares cada vez más plurales y complejas en el ámbito de los estudios sociales que hasta el momento ha sido poco concurrido. Sin embargo, antes de embarcarnos en buscar respuestas a objetivos empíricos este "paper" hace una introducción al tema de formación familiar después de la viudedad y resume brevemente estudios previos y los relevantes conceptos y teorías relacionados con la viudedad, la selección de pareja en general y las segundas uniones que involucran viudos y viudas en particular.

Palabras clave – Tercera edad, género, familia, viudedad, segundas nupcias, living apart together.

SPIJKER, Jeroen.- Family trajectories after widowhood in Spain. Theoretical frameworks and determinants effects.

Abstract – While the study of family trajectories after divorce and of single parenthood has recently received a broader interest in Spanish sociology, there have been very few studies on the determinants and characteristics of different types of family trajectories after marriage dissolution following bereavement since the classic work of Alberdi and Escario in 1986, which in any case only studied widows. For this reason, to supplement the study of post-divorce family trajectories with that of widowhood could result to be very fruitful in terms of contributing to current knowledge on an increasingly diverse and complex family dynamics in an area of social sciences that has received, up until now, little interest. However, before embarking on finding answers to empirical objectives this paper provides an introduction to the topic of family formation after widowhood and briefly summarizes previous studies and relevant concepts and theories related to widowhood, the selection of partners in general and second unions of widowers and widows in particular.

Key words – Third age, gender, family, widowhood, repartnering / remarriage, Living Apart Together.

SPIJKER, Jeroen.- Trajectoires familiales après le veuvage en Espagne. Théorie et facteurs déterminants.

Résumé – Tandis que les études sur la trajectoire de la famille après le divorce et la monoparentalité ont été, pendant les dix dernières années, un centre d'intérêt important pour la sociologie espagnole, les déterminants et les caractéristiques des différents types de trajectoires familiales postérieures au décès du conjoint n'ont pas été étudiées en profondeur en Espagne depuis le travail classique d'Alberdi et Escario en 1986 qui, de plus, n'étudia que les veuves. C'est pour cela que compléter l'étude des trajectoires familiales post-divorce avec celles de veuvage peut être très intéressant et apporterait des éléments nouveaux sur les dynamiques familiales qui sont de plus en plus plurielles et complexes dans le champ des études sociales et qui jusqu'au moment ont été peu développées. Toutefois, avant de nous engager à la recherche de réponses aux objectifs empiriques marqués, ce « paper » fait une introduction au sujet de la formation de la famille après le veuvage et résume brièvement des travaux antérieurs ainsi que les concepts et théories remarquables en relation avec le veuvage, le choix du couple en général et les deuxièmes noces qui concernent veufs et veuves en particulier.

Mots clé – Troisième âge, genre, famille, veuvage, deuxièmes noces, living apart together

Trayectorias familiares después de la viudedad en España: marco teórico y factores determinantes.

Jeroen Spijker

Presentación

El objetivo del proyecto es el estudio de los factores asociados al desarrollo de distintas trayectorias familiares y formas de convivencia después de la viudedad en España, valorando las experiencias más frecuentes en la actualidad, desde una perspectiva histórica, como herramienta útil para prever la evolución de las formas de convivencia de este colectivo en las décadas futuras. El proyecto básicamente sigue el objeto del proyecto “Trayectorias familiares después del divorcio. Género, parentesco y territorio” subvencionado por el Plan nacional I+D+i del Ministerio de Educación y Ciencia (referencia: SEJ2005-03764/GEOG) en que este proyecto esta incorporado, que analiza las trayectorias familiares que siguen las personas con biografías de separación o divorcio en España, desde la perspectiva de género, y en el contexto europeo. Sin embargo, en el caso de las trayectorias familiares después de la viudedad, no nos preguntamos únicamente por la contribución de la viudedad a la creación de nuevas familias –como es el caso en el estudio de las trayectorias post divorcio- sino también por el papel que ocupan las familias en un sistema más amplio de redes sociales (que incluyen también vecinos, amigos, compañeros de trabajo, etc.) establecidas por las personas viudas, por considerar que la inclusión social es uno de los factores más importantes del bienestar físico y mental de cualquier persona.

Viudedad y divorcio, por su naturaleza, por el momento del ciclo vital en el que se presentan y por el calendario de las transiciones familiares posteriores, presentan diferencias relevantes. Sin embargo, desde la demografía de la familia, podemos afirmar que si bien la naturaleza de la ruptura es distinta, desde la perspectiva de los resultados, en cuanto a curso de vida familiar posterior al evento, y en particular en las formas de convivencia, viudedad y divorcio, tienen muchos puntos en común. En ambos casos, la disolución de una unión, por separación o por defunción del cónyuge, puede desembocar en un hogar unipersonal, en un hogar monoparental (en caso de que haya hijos a cargo) o en una nueva unión, y cada una de estas experiencias puede

desarrollarse en un hogar independiente o integrarse en otro hogar familiar. No obstante, en la medida que la mortalidad a edades jóvenes se ha reducido enormemente de los países de la Europa occidental, las diferencias de intensidad entre ambos formas de ruptura de unión tienen que ver principalmente con la edad.

Complementar el estudio de las trayectorias familiares post divorcio con las de la viudedad, puede resultar muy fructífero, por dos razones fundamentales. En primer lugar, por aportar conocimiento sobre unas dinámicas familiares cada vez más plurales y complejas, como es propio de la segunda transición demográfica, en un ámbito de los estudios sociales que hasta el momento ha sido poco concurrido en la demografía española. Por otro, disponer de una rica información, que utilizando las técnicas propias de modelización y proyección en demografía, permitirá diseñar escenarios futuros acerca de cómo y con quién vivirán los ancianos del presente siglo. Este tema debe ser tenido en cuenta en la formulación de políticas sociales bien informadas.

Sin embargo, antes de embarcarnos en buscar respuestas a los objetivos empíricos del proyecto, este *papers de demografía* sirve para hacer una introducción al tema de formación familiar después de la viudedad y resumir estudios previos y los conceptos relevantes y teorías relacionados con la viudedad, la selección de pareja en general y las segundas uniones entre viudos y viudas en particular. Eso es porque las probabilidades de entrar en nuevas uniones tienen que ver con ciertas características de los cónyuges.

El autor quiere aprovechar este momento para agradecer a Clara Cortina y Carles Simó por sus comentarios y correcciones en la versión preliminar de este *papers*.

1 Introducción

El fuerte aumento en la esperanza de vida durante el siglo pasado ha incrementado la edad media a la viudedad, con la consecuencia que el fallecimiento del cónyuge afecta sobre todo a las personas de mayor edad. Al mismo tiempo, la mayor longevidad femenina y el hecho que ellas tienden a casarse con hombres mayores hacen que la viudedad sea un estado más probable para las mujeres, por lo cual para la mayoría de ellas la viudedad, y la soledad que a menudo la acompaña, será parte normal de su vida adulta, sobre todo cuando tengan una edad tardía. Eso hace que la viudedad es uno de los sucesos vitales más dolorosos que un adulto mayor pueda experimentar, aún en relaciones que no han sido felices (Lopata 2006). Aunque para cada uno los efectos de

la perdida serán diferentes, para muchos, especialmente cuando viven solos y tienen una red social limitada de amigos y familiares, el acceso a la soledad y el sentimiento negativo que ésta suele conllevar tienen efectos negativos en la salud física y psicológica (Sánchez Vera y Bote Díaz 2007). En caso de largas convivencias con división de roles de género la perdida del cónyuge supone, además de las dificultades de toda soledad, la incapacidad de realización de funciones importantes. La muerte del cónyuge también pueda producir un descenso notable en el bienestar económico de la pareja sobreviviente (Zick y Holden 2000; Burkhauser et al. 2005).

Para aliviar la soledad y el aislamiento social, uno de los nuevos itinerarios (*pathways*) que la gente mayor puede escoger es emparejarse de nuevo. Sin embargo, tener una nueva relación sentimental también puede ser una estrategia de afrontamiento (*coping strategy*) activa para los retos de la vida en la tercer edad que indica que la persona enviudada ha superado la perdida de su cónyuge después un periodo de luto (Carr 2004). Sin embargo, también se puede esperar que una proporción importante de los enviudados prefieran continuar a vivir solos por la convicción que ya les basta vivir con otra persona como se han dedicado afectuosamente por muchos años a todas las responsabilidades que estás asociadas con su papel como cónyuge (De Jong Gierveld 2002) o porque no quiere renunciar a su nuevo libertad y independencia (Lopata 1996; Davidson 2001; Stevens 2002). No es sorprendente, entonces, que hay más viudos que viudas que optan o tienen interese por una nueva relación porque las viudas hacen mejor solas después de la viudedad por lo cual tienen menos deseo y quizás menor necesidad por una nueva pareja (Stevens 2002).

Sin embargo, ha sido en parte por las mejoras en las circunstancias económicas que ha hecho posible para un parte más grande de la población viuda para vivir independiente, de mismo modo que por los procesos de cambio social, cultural y de los sistemas de valores de los últimas décadas la gente se ha alejado de los patrones tradicionales de comportamiento (Van de Kaa 1987) y enseñar más tolerancia hacia la viudedad. Eso explica la existencia de un mercado matrimonial de mayores cada vez más amplio y activo. Los cambios de valores han traído una mayor plasticidad y flexibilidad en las relaciones. Las personas se sienten menos preocupadas por si la relación durará o no “para siempre” y si la pareja sólo será “una y única” durante toda la vida, calidades que

venían del complejo amor romántico. Actualmente se sienten más atraídas por el complementario “dar y recibir” emocional y sexual¹ (véase Giddens 1992; Beck y Beck-Gernsheim 2001; Bauman 1993; 2005). Estos tipos de relaciones duran siempre que la calidad de intercambios se evalúa o se siente como gratificante por ambos miembros de la pareja. Lo que cuenta, entonces, no es la persona sino la relación.

La emancipación sexual ha favorecido sobre todo a las mujeres y en relación con la formación de pareja después de la viudedad, las viudas ahora no solamente pueden tener nuevas relaciones, sino que éstas también pueden ser más abiertas a un modelo de convivencia más flexible con una nueva pareja, por ejemplo sin cohabitación (*Living Apart Together* o *LAT*) o cohabitación sin formalmente estar casado (*cohabiting*) porque ofrece mejoras oportunidades para continuar la vida como siempre y optimizar la integración familiar y las redes sociales que cuando se comparten el hogar 24 horas al día (De Jong Gierveld 2002). Sin embargo, aunque hay razones por optimismo, sigue existiendo construcciones sociales negativas sobre la viudedad, y más para las viudas que para los viudos como para los viudos siempre ha existido una elevado comprensión sobre sus necesidades para emprender un nuevo proyecto vital (Sánchez Vera y Bote Díaz 2007). Antecedentes

Mientras el estudio de la trayectoria de la familia después el divorcio ha recibido en la última década un interés más amplio en la sociología española (Ruiz 1999; Houle et al. 2001; Treviño 2006; Solsona y Simó 2007), los determinantes y las características de los diversos tipos de trayectoria familiar posteriores al fallecimiento de la pareja no se han estudiado extensivamente en España desde el trabajo clásico del Alberdi y Escario (1986), que, en cualquier caso, sólo estudió las viudas. Las excepciones principales que hicieron referencia a la viudedad o la estudiaron brevemente se dan en los estudios sobre la monoparentalidad (Flaquer 1994; Carrasco et al. 1997; Fernández Cordón & Tobío 1998; Moreno 2000; Treviño 2006), la viudedad en edades jóvenes (Houle et al. 2001), los hogares de mayores solteros (López Doblas 2005) y los mayores y el amor (Sánchez Vera y Bote Díaz 2007).

¹ Aquí se refiere a la sexualidad plástica, es decir, la liberación del sexo de los antiguos vínculos naturales y sociales forzados con la reproducción y parentesco, es decir, sexo visto como un proyecto reflexivo, una parte de la labor de auto-construcción que dura toda la vida (Bauman 1993).

Internacionalmente este tema tampoco está muy desarrollado. Sin embargo, como las formas de convivencia más flexibles o más emblemáticas de la segunda transición demográfica en Europa occidental, los EE.UU. y Canadá suelen aparecer con frecuencia después de la viudedad, el tema ha adquirido un interés renovado. Veamos algunos de los estudios más destacados aparecidos en la literatura especializada. Bongaarts (1989) realiza un análisis, dentro del contexto norte-americano, de los determinantes demográficos de la duración e incidencia de la viudedad. Otro estudio destacable es el de Smith et al. (1991) (también norte-americano) que mostró que las tasas de riesgo de segundas nupcias de viudos y viudas varían con la edad, la duración de la viudedad y el nivel de instrucción. Por otro lado, la educación también juega un rol importante para los hombres en el estudio canadiense de Wu (1995) en explicar el momento (*timing*) de las segundas nupcias (un nivel alto aumenta la probabilidad). En cambio, los resultados mostraron también que era poco probable que una viuda se casara de nuevo con alguien de un nivel más bajo. Otra aportación a señalar es el estudio cualitativo hecho por Davidson (2002) sobre viudos y viudas en el Reino Unido que, en el momento de la entrevista, no cohabitaban. Davidson encontró que, en general, las viudas no tenían interés en formar una nueva unión a pesar de la edad, salud o estatus económico, mientras estos tres factores sí que influían en la probabilidad de que viudos quisieran formarla o la hubieran formado ya. El estudio cualitativo y cuantitativo de Stevens (2002) procedente de los Países Bajos concluyó que los viudos y las viudas mantienen la lealtad hacia sus cónyuges fallecidos, y en el caso de nuevas parejas estas no son concedidas como una sustitución de las anteriores. El estudio mostraba además que recomprometerse en una nueva relación íntima sí que ayuda a aliviar la soledad, mantener la independencia y dar sentido a la vida. Según otro estudio holandés, de De Jong Gierveld (2004), son sobre todo las viudas, de al menos 55 años, y que han tenido al menos una disolución matrimonial, las que preferían entrar en uniones consensuales sin cohabitar o cohabitando sin estar casadas en vez de casarse de nuevo. De hecho, se puede decir que las viudas valoran su libertad e independencia por encima de su interés en una nueva unión, y esto es lo que se encuentra en los resultados de estudios entre ancianos españoles (López Doblas 2005). Desde otro punto de vista, Carr (2004) exploró las diferencias de género en el interés de los viudos en tener citas o casarse de nuevo y sus implicaciones psicosociales. Por ejemplo, ella comentó que solamente los viudos que carecían de apoyo social por parte de amigos tenían más interés en casarse de nuevo que las viudas. Algo semejante, Moorman et al. (2006) descubrieron que tener

una edad temprana, mayor infelicidad y ansiedad predijo un mayor interés en segundas nupcias, aunque solamente investigaron a las viudas. Entre ésta, las que habían entrado en segundas nupcias mostraron tener mayores ingresos y menos preocupación financiera. Finalmente, tal vez el trabajo más completo sobre la viudedad es un libro escrito por Lopata (1996). Se trata de la culminación de más que 30 años de investigaciones sobre este tema, aunque mayoritariamente dirigido a las viudas. Lopata escribió sobre las influencias del proceso de modernización y desarrollo social en los viudos, los mitos, estereotipos, las asunciones que tienen que ver con la viudedad y las circunstancias de convertirse o de estar viudo. Por ejemplo con respecto a relaciones interpersonales y familiares, al contrario de lo que se opina normalmente, las madres viudas no dependen tanto de sus hijos para el apoyo financiero, de servicios, social y emocional. De la misma manera, las viudas no tienen una participación limitada con amigos, y el proceso de formar una nueva relación no siempre ha de ser lento. En cambio, Lopata (1996) sostiene que un alto nivel socioeconómico (educativa, riqueza), una buena salud y un amplia red de apoyo, y un cierto grado de independencia ayudan a hacer menos traumática la pérdida de la pareja. Finalmente, Lopata encuentra que la viudedad tampoco significa necesariamente una reducción de la vida social (aunque probablemente las viudas tengan más en común con mujeres no casadas) o que después un periodo de luto no tengan interés en nuevas relaciones sentimentales.

Resumiendo, para la descripción e interpretación de los nuevos formas de convivencia que siguen a la pérdida del cónyuge o pareja es esencial tener en cuenta los factores demográficos, sociales, socioeconómicos y de la salud. En lo que se refiere a la edad, el sexo y la cohorte de nacimiento, sabemos que los hombres vuelven a unirse con más frecuencia y más rápidamente que las mujeres, que esto se aplica más a los viudos jóvenes que a los ancianos (Houle et al. 2001) y que las ancianas de cohortes recientes están menos interesadas en la unión o la cohabitación después de la pérdida que las de cohortes más antiguas (de Jong Gierveld 2004). Esta opción, además, está muy condicionada por el desequilibrio demográfico en el mercado matrimonial (*marriage market*) al que podrían acceder los que quedan viudos, desequilibrio asociado a la gran feminización demográfica de las edades avanzadas, por causa de la sobremortalidad masculina en prácticamente todas las edades y la mayor edad media de los hombres al emparejarse (Morgan y Kunkel 1998). Otro factor determinante es la fecundidad previa a la viudedad, así como la convivencia con los hijos; las mujeres que no conviven con

hijos tienen una probabilidad más alta de volverse a emparejar (Sweeney 1997). Para los hombres las circunstancias socioeconómicas son más decisivas (Bumpass et al. 1990). En edades más elevadas las viudas sin descendencia tienen mayor probabilidad terminar sus días en una residencia colectiva (Désesquelles y Brouard 2003), mientras que las diferencias generacionales en la infecundidad y fecundidad en España² podrían también explicar diversos tipos de formas de convivencia después de la viudedad. Por ejemplo, el descenso en la tasa de infecundidad de las personas nacidas entre 1911 y 1945 que han estado en unión y el fuerte aumento en la supervivencia de estas generaciones significa que potencialmente habrá más personas que tengan al menos un hijo con quien vivir después de quedar viudos o viudas. A pesar de eso, como la esperanza de vida ha aumentado es mucho más probable que todos los hijos se hayan emancipado en el momento de la muerte del cónyuge. Además, tampoco los hijos están esperando acoger a los padres viudos en su propia vivienda. Es decir, mientras la proporción de los hogares unipersonales ha aumentado, los hogares en los que conviven viudos y viudas con sus propios hijos y otros familiares como alguno de los progenitores de los hijos (denominados “extensos”) han perdido peso. Sin embargo, esa creciente independencia domiciliaria es también un reflejo de la mejora en las condiciones económicas: las generaciones que actualmente llegan a la madurez tienen vivienda en propiedad (86% de las personas mayores de 65 años en 2001 (INE 2004)), o todavía se benefician de viviendas alquiladas de hace mucho tiempo (Trilla 2001), a un precio muy inferior del

² Según Pérez Díaz (2001) la infecundidad matrimonial tiene su principal determinante, tanto en hombres como en mujeres, en *la edad a la unión de la mujer*, sin que en ello puedan apreciarse cambios generacionales importantes, salvo los inducidos por la propia evolución de la edad media al matrimonio. Por lo tanto, una edad media al matrimonio progresivamente más temprana desde la generación 1921-25 hasta 1941-45 explica el descenso de la infecundidad de las mujeres que han estado en alguna unión. Cabe destacar que el alto nivel de infecundidad entre las mujeres nacidas en 1911-20 también se ha visto afectado por la Guerra Civil y que para las mujeres nacidas entre 1911 y 1940 no hay una relación entre la infecundidad y descendencia final sin tener en cuenta la existencia de uniones anteriores, pero que en cambio las mujeres con alguna relación anterior tuvieron progresivamente menos hijos: la tasa generacional de fecundidad se mantuvo alrededor de 2,7 hijos por todas las mujeres y bajó de 3,4 a 3,0 hijos por mujer con alguna unión (Pérez Díaz 2001; p. 304-7). En cambio, hubo pocos cambios generacionales en la infecundidad masculina y por eso en los hombres con y sin unión la descendencia final bajó ligeramente para las generaciones sucesivas. Al mismo tiempo que desciende la infecundidad disminuye la descendencia final de manera que se produce un descenso en el número de familias grandes (5 o más hijos) y también de familias con hijos únicos. En cambio, quienes han tenido dos o tres hijos (aproximadamente 4 de cada 10 entre las generaciones más antiguas), pasaban a constituir más de 6 de cada 10 entre las generaciones 1941-45. Aunque las parejas tuvieron menos hijos, su supervivencia mejoró hasta que en la generación 1941-45 solamente 4% de las madres murieron antes de cumplir 50 años y 2% en el caso del padre, comparado con, respectivamente, 18% y 15% para la generación 1911-15.

que deben pagar los jóvenes que formalizan un contrato de ese tipo en la actualidad. Este aumento de la independencia familiar de las edades avanzadas ha ocurrido sobre todo entre las mujeres porque hay más de ellas y son más acostumbradas de cuidar de sí mismo.

Finalmente, existen asociaciones entre el nivel de salud y la probabilidad de contraer nuevo matrimonio, y a su vez las distintas trayectorias convivenciales posibles tras la viudedad podrían condicionar el estado de salud (Hu y Goldman 1990; Joung 1996).

2 Estado de la cuestión

El subsiguiente objetivo del proyecto principal a desarrollar es el estudio de los factores asociados al desarrollo de distintas trayectorias familiares y formas de convivencia después de la viudedad en España, valorando las experiencias más frecuentes en la actualidad, desde una perspectiva histórica, como herramienta útil para prever la evolución de las formas de convivencia de este colectivo en las décadas futuras.

Este apartado está dividido en un número de sub-apartados dedicados a la teoría. Primero hay un breve resumen sobre el contexto actual y global de la formación familiar en general. Después se habla sobre teorías y conceptos específicamente relacionados con la selección de pareja, el matrimonio, las segundas nupcias y otras formas de convivencia, enfocando también en la viudedad. Para dar más consistencia a la teoría se acompaña de muestras de evidencia empírica, por ejemplo sobre la propensión de entrar en segundas nupcias según los determinantes que lo pueden influir, como edad, sexo, la duración de la viudedad y factores socioeconómicos. Este sub-apartado acaba con una pequeña síntesis.

2.1 El contexto social de la formación familiar en el siglo XXI: La Segunda Transición Demográfica.

La principal aportación que desde la demografía se está haciendo a un intento de comprensión globalizador de los cambios que los indicadores demográficos muestran en el terreno de los comportamientos familiares es la teoría de la segunda transición demográfica (SDT). Desde el alrededor de 1970, en algunos países en el norte y oeste de Europa, y unos 10 años más tarde en España, la tasa de fecundidad bajó por debajo

del nivel de reemplazo. Un mantenimiento de esta pauta ha ido acompañado con una transformación en la familia y en los cambios en los valores, elementos que se denominaron la SDT (Van de Kaa 1988; 2004).

Esta teoría describe y explica un progreso sustancial y sin precedente de cohabitación; retraso del calendario tanto en el matrimonio como en tener hijos; quedar sin hijos; tener hijos sin pareja; y tener hijos fuera el matrimonio. Tras estos cambios subyacen simultáneamente el fin de la universalidad del matrimonio y la transformación de la moral y los comportamientos sexuales.

Esta segunda transición demográfica también fue posible por un aumento en la educación femenina, participación laboral de las mujeres y el paro, y también una incertidumbre económica y la revolución anticonceptiva. Dentro del contexto de esta modernización social, el divorcio se hizo la forma aceptada para la disolución de un matrimonio (en 1981 se hizo legal en el caso de España). Como consecuencia, las tasas de divorcio aumentaron, en parte por la separación en sí, pero también para que los (o uno de los dos) divorciados pudiera(n) casarse de nuevo, lo que también resultó en que las tasas de segundas nupcias aumentaron. Los cambios de las normas y valores no sólo provocaron distintas trayectorias familiares y formas de convivencia después el divorcio, sino que también dieron más oportunidades – es decir, sobre todo menos obstáculos por parte de la aceptación personal y social – a los enviudados.

Aunque en principio las nuevas tendencias tuvieron su efecto principalmente en las generaciones más jóvenes, con el paso del tiempo también se ha visto una destigmatización entre un buen parte de la gente mayor, que, si lo desea, ahora sí que puede optar por tener una nueva relación afectiva sin necesidad de casarse.

A pesar de eso, en el caso de los viudos la ruptura de la unión es, en muchas ocasiones, un evento inesperado y no deseado. Para ellos y ellas, entonces, comienza un periodo de reorganización de la vida afectiva, económica y social después del fallecimiento del cónyuge. Ello puede derivar en un aumento en el contacto con las familiares y / o amigos así como también formar nuevas amistades y relaciones platónicas. Algunos

viudos y viudas sólo quieren y necesitan estos tipos de contactos, mientras otros vuelven a tener interés en relaciones afectivas después un periodo de luto³.

Lo que sigue es una descripción breve del apoyo familiar después del fallecimiento de un cónyuge, las amistades que se mantienen o no y otras que surgen, así como también una reflexión sobre los posibles cambios en la sexualidad de los viudos.

2.2 Apoyo familiar, amistades y la sexualidad de los enviudados

La pérdida del cónyuge y la pérdida concomitante de las relaciones que formaban parte del estilo de vida de la pareja hacen necesaria una reorganización de las relaciones personales por parte de los viudos y las viudas (Lamme et al. 1996). En ese contexto, la propia familia tiene, sobre todo al comienzo, un papel importante.

Apoyo familiar a la hora de la viudedad

Ante la viudedad, la familia propia es un punto de apoyo fundamental, y si acaso no lo es se resiente como una carencia (Alberdi y Escario, 1986). De la familia propia se exige mucho en el momento de la pérdida del esposo. La familia de origen se abandona con el matrimonio para crear una nueva, y aunque se mantengan relaciones estrechas, hay una separación clara entre dos unidades completas; cuando alguno de los dos miembros, de cualquiera de las dos parejas matrimoniales, falta, se espera de la otra una protección suplementaria. Las mujeres que quedan viudas tienden, en un primer momento, a esperar ayuda moral y materia de su familia inmediata, que serán, dependiendo de su edad y del momento de su ciclo vital, sus padres o sus hijos (Alberdi y Escario 1986). En el caso de los viudos, ellos son, en general, más dependientes de su mujer para su bienestar emocional porque tienen pocas personas de confianza y reciben menos apoyo emocional de sus hijos después la viudedad porque la relación con los hijos era menos estrecha (sobre todo durante las primeras fases del ciclo de vida). Es uno de las razones por las que los viudos tienen mayor interés que las viudas en tener

³ O incluso antes del fallecimiento del cónyuge sí hubo un largo periodo de enfermedad y por motivos de la severidad de la enfermedad (por ejemplo, en el caso de demencia) el cuidado hubiera recaído mayoritariamente por terceras personas (es decir, profesionales) fuera del hogar del matrimonio (como una residencia o un hospital).

una nueva relación. En cambio, los padres o los hijos de las mujeres viudas las acompañan y consuelan más y apoyan materialmente, aunque en formas diversas, dependiendo de las posiciones económicas, la estructura familiar y la situación geográfica. En España, muchas mujeres mayoras cambian incluso de residencia al quedar viudas buscando la cercanía de sus padres, hermanos e hijos (Alberdi y Escario 1986)⁴. Hay mucha mayor confianza en la ayuda de familia que en la de amigos, donde los lazos fraternales son fuertes a pesar de que las familias españolas tiendan crecientemente a conformar una estructura nuclear (Alberdi y Escario 1986). Sin embargo, con respecto a la relación con la familia política, sobre todo del marido, se producen cambios de relación fundamentales donde las viudas se muestran, generalmente, muy alejadas de la familia del marido difunto y aun cuando se guarden buenas relaciones con la familia del marido nunca es lo mismo que con la familia propia. Al menos, las expectativas siempre son diferentes. Si la familia política las ayuda, está haciendo mucho por ellas, si lo hace su familia no es más que cumplir con su deber (Alberdi y Escario 1986). En cambio, como se ha dicho antes, los hijos son fundamentales. En el caso de las viudas mayores, quieren que los hijos la amparen y la acompañen, mientras las jóvenes deciden hacerse fuertes por ellos. Por otra parte, según (Alberdi y Escario 1986) las madres son poco conscientes, en general, del drama que supone para los niños la pérdida del parente y que además, la sociedad refuerza el idea que ha muerto el esposo, institucionalizando el consuelo a la viuda y el respeto a su dolor, pero casi siempre se olvida de los hijos. Las relaciones con los amigos también cambian, sobre todo para las viudas que a menudo rompen o, al menos, se distancian de los amigos anteriores, sobre todo los que tenían en común con el marido, y se van creando un círculo de amigos nuevos para no estar siempre acordándose del marido (Alberdi y Escario 1986; Lopata 1996).

Amistades

Viudos y viudas tienden a experimentar gran cambios en sus redes sociales después la pérdida del cónyuge (Morgan y March 1992), aunque es importante considerar la

⁴ En cambio, en países como el EEUU, eso pasa con poca frecuencia (por ejemplo Lopata (1996).

viudedad no como un fenómeno aislado, sino dentro del contexto más amplio de las otras experiencias del individuo (Antonucci et al. 2001). Por ejemplo, las amistades que se estructuran sobre la base de las parejas y no tanto de los individuos (*couple companionate friendships*) o del marido como el vínculo más importante se resienten con la disolución de una de las parejas. La simetría de las actividades de la pareja se rompe y el viudo o la viuda y sus amigos casados se distancian en mayor medida. Aunque, en el caso de las viudas, les dan apoyo emocional cuando el dolor de haber perdido el marido todavía es presente, posteriormente, cuando la mujer intenta crearse una nueva vida, los amigos casados empiezan a ser menos convenientes por la divergencia en los estilos de vida e intereses (Lopata 1996). Por eso, comprometerse en la creación de nuevas amistades puede servir como compensación por las pérdidas experimentadas (Lamme et al. 1996). Además, las personas que enviudan perciben que tienen más en común con otras mujeres no casadas, aunque no necesariamente con otras viudas. También el papel de los amigos del vecindario puede ser importante en éste fase transicional (Lamme et al. 1996)⁵. Aunque no son tan importantes en el principio de la viudedad, ofrecen asistencia (sobre todo en las problemas del día a día, pero también apoyo emocional) cuando no hay nadie más a quien para recurrir porque la atención de los otros amigos ha disminuido (Lopata 1996).

Aparte de que las viudas se entablen nuevas amistades o reanimen algunas relaciones anteriores, también es posible que renuncien a ellas, haciéndose dependiente de familiares. Desde luego, algunas mujeres, más probable de la clase trabajadora que de la clase media o alta, nunca establecen relaciones estrechas de tipo no-familiares porque tienen más orientación hacia la familia y no se fían de desconocidos, nunca han tenido los recursos necesarios para establecer amistades estrechas, o dejan de intentar hacer amistades íntimas por decepciones previas (Lopata 1996).

Las amistades entre hombres y mujeres (*cross-gender friendships*) son difíciles en una sociedad que valora un mundo formado por dos esferas diferenciadas en el que hombres y mujeres no pueden tener mucho en común salvo relaciones sentimentales. Muchas

⁵ Según un estudio holandés, no hay un gran número de viudos (pero unas pocas más viudas) que establecen nuevas amistades después de enviudar (algo más de un cuarto de los respondientes lo confirmaron). Sin embargo, cuando era el caso, para la gran mayoría la creación de amistades se realiza con el vecindario (Lamme et al. 1996).

personas asumen que esa intimidad entre sexos debe incluir o potenciar un compromiso sexual. Se tolera esa posibilidad entre los solteros jóvenes, pero se desalienta entre los que no se consideran disponibles para encuentros sexuales. Sin embargo, existen amistades que viudos y viudas tienen con el otro género que no son sexuales o sentimentales/afectivas, aunque parece que la frecuencia de la oportunidad para tener contacto disminuye con la edad, sobre todo al fin de la vida cuando la salud y otras restricciones hacen la continuidad del contacto difícil. También abundan las relaciones sentimentales, que a menudo son desapañadas por los hijos. Esa tipo de relación puede incluir solamente citas (*dating*), pero también pueden llevar a cohabitación o segundas nupcias (Lopata 1996).

Cambios en y opiniones sobre la sexualidad de los viudos y las viudas

Como la existencia de una pareja activa o accesible a las demandas sexuales, es un factor determinante a la hora de desarrollar una vida sexual y afectiva satisfactoria, la muerte del compañero/a, la separación o una enfermedad crónica grave, supone en buena medida el fin o al menos una parada en las relaciones sexuales. Esta inactividad parece ser un factor destacado en la dificultad para recuperar posteriormente la función sexual, sobre todo si la relación anterior fue placentera. Además, después de la separación cuesta mucho volver a iniciar relaciones porque las habilidades de relación se han perdido. Si los vínculos han sido muy estrechos es probable que nos encontremos con un cuadro depresivo del cónyuge que se queda, en el que no sea raro encontrar deseos de acompañar al fallecido o sentimientos de culpa por estar vivo. En este contexto es difícil considerar la posibilidad de una nueva relación afectivo-sexual a corto plazo (García 2005).

Esta situación afecta más aún a las mujeres, primero porque son más numerosas y, por tanto, tienen menos probabilidad de encontrar pareja y, segundo, porque socialmente no es del todo aceptable, en particular en ciertos grupos sociales, que la mujer pueda tener nuevas posibilidades de relación sexual (García 2005; Sánchez Vera y Bote Díaz 2007). Por eso no es sorprendente que la mayoría de las mujeres que enviudaban cesaron en sus relaciones sexuales (Aiken 2002). Afortunadamente, los procesos de cambio social y de los sistemas de valores que afectan a la sociedad española en su conjunto están conduciendo a una flexibilización de algunos de los modelos tradicionales y estereotipados sobre la vejez y se aprecian más tolerancia social con respecto a la mujer

viuda, ya que para el varón, siempre existió una elevada comprensión sobre sus necesidades para emprender un nuevo proyecto vital (Sánchez Vera y Bote Díaz 2007).

Sin embargo, la presión social es todavía suficientemente importante como para que los mayores se sientan marginados y consideren anormales sus propias necesidades sexuales o vivan con culpabilidad sus deseos y sensaciones. Esa especie de confabulación contra la libertad de opción sexual y el derecho a vivir y expresar las necesidades afectivo-sexuales de las personas viudas no sólo proviene de la sociedad en general sino también, y tal vez más, de los propios familiares (sobre todo cuando viven en la misma casa), e incluso los propios compañeros/as ancianos en las residencias (García 2005). Aunque las relaciones independientes con hijos adultos serán de gran ayuda para las viudas, depender de los hijos puede ocasionar conflictos culturales e intergeneracionales (Sánchez Vera y Bote Díaz 2007). García (2005) aportó las siguientes razones de hijos o hijas por no tener actitudes favorables a que el padre o la madre puedan tener un compañero/a ocasional: considerado moralmente inapropiado, creencia de que así se evitan conflictos de pareja, temor a perder herencia y comodidad para no tener complicaciones. Sin embargo, la realidad sugiere que en una situación de pérdida y soledad los viudos y las viudas necesiten más ayuda y apoyo afectivo. Es preciso, entonces, capacitar a nuestros mayores a aceptar la pérdida, afrontar el inevitable duelo y coger fuerzas para continuar el camino de la vida y, tal vez, más tarde, comenzar a plantearse buscar a otra persona para andar en compañía ese camino (García 2005).

Si la oposición social y cultural no debería influir en el posible deseo de una nueva relación, la vejez y los cambios fisiológicos que la acompañan tampoco tienen porqué anular las capacidades sexuales. Un deterioro en el estado físico puede influir en el comportamiento sexual – disfrutando el amor de un modo distinto (por ejemplo mayor tiempo de caricias, más tiempo necesario para conseguir la excitación, etc.) – pero no necesariamente modifica el interés por el sexo (Prieto 2006). Unas de las claves de la satisfacción sexual en la etapa de viudedad puede ser, entonces, más la calidad de las relaciones que se mantiene que el número de coitos (Aiken 2002; García 2005; Prieto 2006).

2.3 Conceptos y teorías relacionadas con la selección de pareja con enfoque especial a las segundas nupcias

Para estudiar mejor las trayectorias familiares y las formas de convivencia después de la viudedad deberíamos volver a los comienzos, es decir, ¿Cómo se selecciona a una pareja?, ¿Es amor ciego o buscamos a alguien que parece a nosotros mismos? y ¿Qué pasa en las segundas nupcias? ¿Qué factores operan en la situación de una nueva pareja después de enviudar?

En breve se resumen algunos de los conceptos y teorías relacionadas con la selección de pareja y el matrimonio, como la homogeneidad entre parejas y la racionalidad de las personas en la decisión de tener o no una nueva relación. Se centra, sobre todo, en las segundas nupcias o nuevas uniones por parte de viudos y viudas.

2.3.1 Homogamia y heterogamia

Aunque se dice que el amor es ciego, en realidad, en la mayoría de los casos por las preferencias personales, hay una cierta homogamia social entre parejas, porque tiene como objeto estar con alguien que tiene cosas en común (Janssen 2002). Es decir, las personas eligen, conscientes o inconscientes, a alguien con características sociales similares sencillamente porque así lo desean, porque los prefieren por encima de cualquier opción, y porque se comparten las mismas características, formas de ver el mundo, lenguaje, campos relacionales, etc. Es cierto que hay personas que no perciben barreras sociales, y que eligen deliberadamente estas diferencias. Sin embargo, en general la gente busca a alguien con gustos similares. La convivencia tiende a ser más fácil cuando ambos cónyuges tienen las mismas preferencias, expectaciones y opiniones sobre la organización de la vida cotidiana, el estilo de vida, la organización de la relación, la división del trabajo, y tener y criar los hijos. De este modo, los cónyuges comparten los mismos intereses y un espacio común para el diálogo. Sin embargo, estudios recientes sobre la homogamia educativa (*educational assortative mating*) han concluido que el patrón tradicional de hipergamia entre mujeres con niveles bajos de educación está desapareciendo o se ha reducido sustancialmente en países desarrollados como en los Estados Unidos (Qian 1998) y España (Esteve y Cortina 2006), aunque ello también se ha observado en algunos países en vías de desarrollo como en Brasil (Esteve y McCaa 2007). Este proceso se explica por la expansión educativa (lo que provoca

también un equilibrio en los niveles educativos entre hombres y mujeres), la disminución del tiempo entre dejar la escuela y entrar una unión, y el cambio en las expectativas del matrimonio de hombres y mujeres (véase Esteve y Cortina 2006 para un resumen de la literatura).

La segunda razón para la existencia amplia de homogamia se puede encontrar en las preferencias del entorno social. Aunque los cónyuges candidatos tienen preferencias, también las tienen sus padres, otros familiares y amigos. Si el marido y la mujer tienen características iguales, habrá más similitud entre sus respectivos amigos y familia, lo que significa que las personas dentro la red social de los dos cónyuges son más capaces de llevarse bien entre ellos y entonces están más dispuestas a aprobar el matrimonio y dar apoyo cuando las cosas van mal. Eso se puede extender al periodo de noviazgo, donde las preferencias del entorno social juegan un papel muy importante en el proceso de la selección de la pareja (Janssen 2002).

Una tercera explicación para la fuerte semejanza entre parejas de matrimonio también está relacionada con el entorno pero desde el perspectivo de las oportunidades. A menudo, posibles parejas de matrimonio se encuentran en la escuela, en el trabajo, en momentos de ocio o en la casa de un amigo y por eso muchas veces están en contacto con gente que comparten sus características sociales (Janssen 2002).

Según estas consideraciones teóricas, entonces, evoluciona un patrón que relaciona homogamia social, personalidad, expectativas, gusto y una buena interacción interpersonal entre cónyuges y parientes por afinidad donde cónyuges que tienen mucho en común se llevarán probablemente mejor que cuando eso no es el caso e igualmente las familiares y amigos, y que toman el paso hacia el divorcio con más dificultad que en matrimonios mixtos. Sin embargo, no es cierto que los heterogámicos matrimonios mixtos sean por definición menos estables.

En cambio, mientras la homogamia es más ventajosa para un matrimonio que la heterogamia en relación con las características sociales y de personalidad (por ejemplo preferencias, expectativas y opiniones), según algunos teóricos económicos, la heterogamia sirve mejor en el ámbito de la división del trabajo entre parejas para el éxito de un matrimonio (Janssen 2002), pero donde, por supuesto, las parejas deberían estar en acuerdo sobre la división del trabajo. Más concreto, la teoría económica predice más matrimonios estables si los cónyuges están especializados en las tareas del hogar (Becker 1987). Sin embargo, eso lleva a la dependencia crónica de un miembro de la

pareja, habitualmente la mujer. Ello significa, en general, que el marido tiene un trabajo remunerado, mientras la mujer es responsable para los labores del hogar como la crianza de los hijos y en la gestión de la vida doméstica.

Segundas nupcias o nuevas uniones

La situación es distinta cuando hablamos sobre segundas nupcias o nuevas uniones. En un resumen de la literatura sobre este tema Coleman et al. (2000) escriben que en contraste con las relaciones a edades más jóvenes, la decisión sobre la convivencia se toma mucho más rápidamente (a menudo dentro de meses) después del comienzo de una nueva relación, pero no se sabe mucho sobre cómo se toma la decisión de cohabitar o qué efecto tiene la cohabitación en el sistema de la familia recompuesta (*stepfamily*). Según los mismos autores, un patrón habitual del noviazgo (*courtship*) es que la pareja masculina pasa un par de noches por semana en el hogar de la mujer, seguido por un periodo corto de cohabitación y finalmente el nuevo matrimonio (*remarriage*). Hay evidencia que sugiere que la toma de decisiones (*decisión making*) en segundas nupcias se hace en igualdad de condiciones, sobre todo porque las mujeres buscan más poder en segundas nupcias que en primeras nupcias (Coleman et al. 2000). Las experiencias personales de uniones anteriores y nupcias anteriores dan más poder de negociación (*bargaining power*); además los hombres y las mujeres previamente casados piensan diferente sobre los roles de matrimonio; las mujeres que, inicialmente, son reticentes a casarse de nuevo, están en una posición favorable; y los hombres ceden más en los conflictos conyugales (*marital conflicts*) de lo que lo hicieron en sus primeras uniones. Además, las mujeres perciben que tienen más poder en lo que respecta a los aspectos financieros en sus segundas nupcias que en sus matrimonios anteriores, aunque es difícil de determinar si la toma de decisiones es equitativa porque las finanzas en familias de segundas nupcias son complejas. Finalmente, compartir la toma de decisiones no significa que las tareas de hogar también sean compartidas igualmente y la mayoría de los estudios encuentran que las mujeres hacen la mayoría del trabajo doméstico en segundas nupcias, si bien los maridos en segundas nupcias hacen más tareas de hogar que los maridos en primeras nupcias (Coleman et al. 2000).

En relación con la calidad de las segundas nupcias, Coleman et al. (2000) dicen que los resultados son mixtos. Aunque los cónyuges en segundas nupcias expresan una manera más abierta las críticas, la ira y la irritación que en los primeros matrimonios,

también se han registrado niveles más altos de tensión y desacuerdo que en los primeros matrimonios. Sobre todo cuando hay hijastros la calidad del matrimonio suele ser más baja por las diferencias en como criárselos y por la distribución de recursos, pero también por las discusiones entre el padrastro o la madrastra y los hijastros.

En términos globales, los niveles de disolución de las uniones son más elevados en las segundas que en las primeras, especialmente cuando hay hijos. Desde la psicología y la sociología se consideran diversas factores de la inestabilidad de las segundas nupcias: que haya más personas en segundas nupcias con características personales (como impulsividad o neurosis) que son más propensas a terminar las relaciones, lo que las hace menos atractivas; que falte apoyo social y normas claras para seguir adelante con la relación; que haya una proporción más alta de personas que ven el divorcio como una solución para los problemas matrimoniales; y que haya una mezcla más pequeña de potenciales parejas para segundas nupcias lo que resulta en una mayor frecuencia de uniones entre personas con intereses y valores diferentes.

2.3.2 Teorías de matrimonio

Lo que parece, entonces, es que la decisión de entrar o no en una nueva relación o casarse de nuevo depende de muchas factores pero que en general está dirigido por la elección propia y racional del individuo. De hecho, según Carr (2004), la mayoría de los estudios sobre las segundas nupcias confían mucho en el llamado “*rational choice models of search behaviour*”, que viene de la económica pero que ha sido adoptado por varias disciplinas de las ciencias sociales, aunque también ha recibido múltiples críticas⁶. Se supone que los individuos se comportan y toman decisiones aplicando un criterio racional que valora los costes y los beneficios de cada acción. Según esta perspectiva, el matrimonio constituye una forma de intercambio de recursos entre dos individuos que se puede evaluar y, por lo tanto, los individuos aplican criterios de maximización de los resultados que pueden obtener con cada posible unión a la hora de

⁶ Según Oppenheimer (1988) son sobre todo los sociólogos los que rechazan repetidamente a los modelos económicos, porque se oponen al énfasis del economista en la opción racional. Sin embargo, muchos elementos supuestamente "no-racionales" como la atracción sexual tienen valor limitado en la explicación de las diferencias sociales y cambios en la formación de nupcias porque no varían sistemáticamente en el tiempo y el espacio (véase Cortina (2007) para un resumen de estas críticas).

escoger pareja (Becker 1987; Grossbard-Shechtman 2003). Según Simó et al (2003; 2005) cuando el contexto laboral empeora devienen más difíciles las tomas de decisiones con consecuencias en un largo plazo, como es, por ejemplo, en el caso de matrimonio o tener hijos.

En el caso de las segundas nupcias, el supuesto general del *rational choice* es que las personas perciben que las ventajas netas de la unión son mayores que las ventajas de quedarse viudo o divorciado, sobre todo cuando hombres y mujeres siguen una división del trabajo tradicional basada en las distintas contribuciones de cada sexo para el hogar, es decir, los maridos se especializan en empleo remunerado y las mujeres en cuidar la casa y los niños⁷. Como consecuencia, los beneficios de la unión se reducen con el aumento de los ingresos y la actividad laboral de las mujeres puesto que la división del trabajo sexual dentro del hogar se convierte en menos ventajosa y el coste de oportunidad de permanecer en casa sube para las mujeres. La teoría de Becker implica que las mujeres con perspectivas socioeconómicas más favorables tienen menos probabilidades casarse o casarse de nuevo (Becker 1987; Sweeney 1997, 2002; Carr 2004).

Levemente diferente es la teoría del calendario de la nupcialidad (theory of *marriage timing*) por Oppenheimer (1988), que relaciona la búsqueda de una pareja (*spouse-search*) con la teoría económica de búsqueda del empleo (*job-search theory*). Eso es porque ambos procesos se llevan a cabo en medio de una considerable incertidumbre, y, en consecuencia, la búsqueda puede ser muy costosa. Del mismo modo, en la búsqueda de una pareja, como en la búsqueda de un puesto de trabajo, se podría alegar que las personas tienden a establecer un nivel mínimo de aceptación de lo que se consideraría una pareja "aceptable", aunque no es la más preferida o "perfecta". En ambos tipos de búsqueda, la cantidad de tiempo gastado en la búsqueda de una pareja está firmemente

⁷ Becker (1987) argumenta que los beneficios netos de las segundas nupcias puede ser determinado por la ponderación de los ingresos conjuntos potenciales del buscador y el futuro cónyuge contra los ingresos potenciales del buscador si el o ella se queda soltero o soltera. Aunque este información normalmente no esta disponible para todas las parejas potenciales encontradas durante la buscada, el viudo puede ser consciente de características más observables que afecta las beneficios netas de casarse de nuevo, como el estatus de salud (Smith et al. 1991).

ligado con lo que el individuo establece como mínimamente aceptable y estrechamente vinculada con los costos y beneficios esperados de la búsqueda⁸.

Sin embargo, habitualmente la gente desea emparejarse con personas similares a sí mismos, lo que se llaman *assortative mating* o homogamia (véase también el párrafo anterior). El *assortative mating* está obstaculizado por la incertidumbre sobre las características por las cuales la gente desea unirse, con el carácter de los roles económicos del adulto siendo una fuente importante de incertidumbre en nuestra sociedad. Como los hombres y las mujeres procuran encontrar parejas con niveles similares en el mercado de trabajo, las perspectivas ocupacionales futuras de las mujeres potenciales se hacen más importantes en relación a la atracción personal y las habilidades como ama de casa (*homemaker skills*). Tal patrón, que también en parte se deriva de la prolongación de la etapa formativa, afecta el calendario de la nupcialidad (lo retrasa) debido a la mayor dificultad en la determinación del logro ocupacional futuro relativo a las características más tradicionales acentuadas en el modelo de Becker. Mientras que Oppenheimer estaba en gran parte interesada en el impacto de la transición hacia un papel estable del trabajo en la sincronización del primer matrimonio, su teoría también tiene implicaciones importantes para las segundas nupcias. Como los trabajos ocupados durante la edad adulto-joven pueden tener poca relación con el éxito ocupacional posterior, el estado ocupacional temprano se puede considerar un indicador incierto para primeras nupcias. La búsqueda de una pareja para casarse de nuevo ocurre más tarde en la vida y por eso podríamos esperar que la ocupación sea un factor más importante en una segunda unión (Kalmijn 1994).

Al mismo tiempo, hoy en día hay más informalidad en los contactos personales lo que impone límites a la transparencia del mercado matrimonial y retrasa la formación de parejas. La hora de escoger una pareja, como a la hora de contratar un trabajador, la decisión tomada dependerá de la información disponible. Obtener dicha información

⁸ También hay diferencias entre la búsqueda de un empleo y una pareja. Por ejemplo, mientras aquéllos que están en paro están por definición buscando trabajo, en el caso del mercado matrimonial eso es difícil de detectar. Por ejemplo, aunque muchos adolescentes empiezan a salir con alguien cuando tienen alrededor de 15-16 años, no es razonable asumir que ya están buscando a alguien para el matrimonio. Otra diferencia importante es que en la búsqueda de una pareja no solamente se realiza para potenciar el estatus socioeconómico personal, sino que también intervienen otros aspectos. Por ejemplo, la perspectiva, a largo plazo, de tener intimidad, relaciones sexuales regularmente y más seguras, apoyo emocional, y la posibilidad de tener hijos.

tiene un coste y los mercados pueden ser, en este sentido, más o menos transparentes; el mercado matrimonial no se caracteriza precisamente por tener mecanismos estándares que garanticen su transparencia. Si bien en el periodo más reciente y gracias a las nuevas tecnologías parecen resurgir los espacios diseñados para el encuentro de aquellos que buscan pareja, en la versión moderna de lo que tradicionalmente habían sido los bailes y otras fiestas sociales, las vías y los espacios de conocimiento de posibles candidatos son mayoritariamente informales como el círculo de amistades, el trabajo, las reuniones sociales, etc. (Bozon y Heran 1989, 2006).

Sin embargo, la mayoría del trabajo empírico y teórico sobre este tema solamente se ha centrado en los adultos jóvenes o maduros, donde las ventajas matrimoniales se conceptúan en los términos de roles de género tradicionales en la familia (*traditional gendered family roles*) que contribuyen al mantenimiento del hogar. Por ejemplo, se creen que las mujeres tienen un mayor incentivo económico para segundas nupcias que los hombres debido a sus ganancias más bajas en el mercado de trabajo y porque su estado económico deteriora a menudo después la disolución de la unión (Holden y Smock, 1991). Lo que Becker llama el "*gains to trade model*" postula, entonces, que las ventajas de la unión son más altas cuando los hombres y las mujeres siguen esa división tradicional del trabajo y las parejas intercambian (*trade*) estos servicios (Carr 2004). También implica que mujeres con una mejora perspectiva económica son menos propensas casarse por primera vez o entrar en segundas nupcias. El aumento en la actividad laboral y los ingresos de las mujeres les ha dado menos incentivos económicos para casarse y explica la bajada en las tasas de primeras nupcias desde los años 70 en los EEUU (Sweeney 1997). La rapidez del aumento en la actividad laboral femenina también sugiere que la suposición de Becker de una fuerte división laboral dentro la familia no sigue siendo válida y que, considerando los cambios en los roles de género, una hipótesis alternativa sobre el papel de los recursos socioeconómicos en la elección matrimonial puede ser más plausible (Kalmijn 1991).

Cuando ambos cónyuges quieren trabajar, el matrimonio puede experimentar problemas de incompatibilidad de estatus si las categorías profesionales (*occupational class* o *status* en inglés) se separan demasiado (Oppenheimer 1977), la forma en que se organiza la provisión de bienestar y cuidado es también importante. Por ejemplo, como la expectativa normativa es que el marido debería ser el “estatus determinante” de la familia, en el caso en que la mujer tiene una categoría profesional más alta, él se

quedará con un desventaja si no tiene perspectiva de realizar una movilidad ascendiente, mientras la mujer sí que tiene la opción de dejar el trabajo para eliminar la discrepancia en estatus, si bien probablemente con un coste psíquico. Además, si ella no quiere renunciar a su carrera profesional puede dejar a su marido que tiene un estatus más bajo (aunque esta decisión también dependerá de otros factores). Es decir, en un contexto de altas tasas de actividad femenina, las personas pueden preferir semejanza más que disimilitud en estatus socioeconómico (Kalmijn 1991).

El *gains to trade model* es probablemente aún menos un marco teórico apropiado para entender *repartnering* entre los enviudados de mayor edad. Los límites que demarcan los tradicionales “roles de hombres” y “roles de las mujeres” en el matrimonio se vuelve borroso cuando los adultos envejecen. Eso puede ser debido a varios motivos. Por ejemplo (véase Carr (2004) por las referencias):

- La mayoría de los adultos mayores ya no son responsables por el cuidado diario de niños, una tarea que recae en gran parte a las mujeres en edad adulta joven y media⁹.
- Por problemas de salud físicos la gente mayor es menos capaz de manejar las tareas domésticas especializadas que realizó antes en la vida.
- Los matrimonios mayores son menos dependiente de los ingresos del marido porque los programas públicos del derecho tales como la Seguridad Social proporcionan una base económica para parejas.

Adicionalmente, las segundas nupcias pueden ser percibidas como una desventaja por algunos adultos mayores por motivos económicos. Por ejemplo, viudos que reciben pagos de asistencia social o pensiones vinculado a su propia actividad laboral o de su conyuge que ha fallecido pueden enfrentarse a reducciones o la perdida en estos beneficios al contraer matrimonio. Además, como mucha de la gente mayor es

⁹ En el caso de que haya nietos en el cuidado de personas mayores, los roles de los hombres mayores se feminizan en el sentido de que se concentran más en tareas reproductivas de lo que lo estaban en las edades adultas (Pérez Díaz 2003).

propietaria de vivienda (86% a partir del censo de 2001; INE 2004), casarse de nuevo puede requerir que uno de los dos deja su casa, lo que también significaría que perderá privacidad e independencia residencial con el riesgo que disminuirá el contacto con amigos y hijos. Una mudanza de este tipo es algo que muchas personas mayores no se atreven a hacer (Carr 2004; Gierveld 2002; 2004).

Sin embargo, el principio más básico de los modelos de selección racional podría ser aplicado al emparejamiento (*matching*) en edades más avanzadas, es decir, según Carr (2004), los beneficios de emparejarse de nuevo superían los costes de estar sólo, pero la base funcional de esas relaciones – como mantener el hogar en una manera eficiente, criar hijos, y alcanzar estabilidad financial – no son preocupaciones concluyentes para la mayoría de la gente mayor. Más bien, su deseo para una nueva pareja pueda reflejar aspectos positivos del matrimonio que esperan recapturar como intimidad emocional y aspectos negativos que esperan evitar como responsabilidades domesticas. Además, tener dos fuentes alternativas de apoyo emocional pueda atenuar la importancia de la relación sentimental (Carr 2004).

2.3.3 Otros factores que influyen la entrada en segundas nupcias para viudos

La pérdida de un cónyuge de larga duración, quizás de toda la vida, tiene un impacto importante y la relación se puede ver como única. Una primera consideración, por lo tanto, en emparejarse de nuevo, es probablemente la naturaleza y la calidad de la relación anterior (Davidson y Ferrell 2002). Si era muy buena, y de alta intensidad emocional, el cónyuge anterior podría ser visto como irreemplazable. Si era mala, esto podría condicionar al individuo para no correr tales riesgos otra vez y reducir su expectativa para poder hacer lo mejor la próxima vez. Alternativamente, si la disolución de la unión era el resultado del divorcio (donde, se puede asumir, había altos niveles de conflicto y/o de infelicidad por lo menos de uno de los cónyuges), el individuo puede considerar que tenga más suerte la próxima vez. Sin embargo, hay evidencia de una lealtad continuada hacia la pareja fallecida en casi todas las uniones, lo que sugiere que los viudos y viudas no reemplazan sus antiguos cónyuges (Stevens 2002). Por otra parte si el fallecimiento ha sido precedido por un largo período de cuidado y la actividad sexual ha disminuido a causa de la enfermedad, o si la relación anterior ha sido infeliz o poca satisfactoria, la motivación para formar una nueva pareja puede resentirse (Davidson y Fennell 2002).

No obstante, según Dykstra (1995) los viudos prefieren tener pareja que estar solos, mientras que la preferencia de las viudas es la contraria. Estos hallazgos sugieren que los viudos están más motivados para establecer una nueva relación y confirman la opinión popular que las mujeres se desenvuelven mejor solas que los hombres en la viudedad. Otra motivación, según Stevens (2002), para una nueva vida en común es la experiencia de la viuda o del viudo desemparejado, sobre todo el grado en que se experimentan la soledad y la privación por causa de la ausencia del cónyuge. Lopata (1996) describió que la soledad es el problema más dominante en las vidas de los viudos y las viudas, porque a menudo hechas en falta la intimidad de la relación con el cónyuge y la vida social que llevaron como pareja, lo que les hace vulnerables a dos formas de soledad que implican aislamiento emocional y social. Sin embargo, es menos probable que las mujeres encuentren satisfacción emocional en relaciones exclusivamente heterosexuales que los hombres, porque requieren relaciones cercanas adicionales, como por ejemplo con hijos y amigos, para cumplir sus necesidades emocionales (de Jong Gierveld y Dykstra 1998) y estas necesidades pueden ser más fáciles de mantener en relaciones menos comprometidas. Por consiguiente, cuando las mujeres se casan, es más probable que sufran de lealtades conflictivas.

De hecho, otra consideración es la calidad de vida experimentada actualmente por la persona enviudada. Carr y Utz (2002) encontraron que aunque las madres viudas reciben más apoyo instrumental de sus hijos adultos que los hombres, ellas suelen seguir desempeñando la función de ofrecer apoyo emocional en el ámbito familiar. En términos de querer y de ser querido, este intercambio puede ser suficiente para satisfacer las necesidades emocionales de una viuda. Además, las mujeres suelen “santificar” la memoria de su esposo y todavía se sienten casadas, lo que las hace menos receptivas a la idea de comprometerse con otro hombre, o en el caso que sí se comprometan, pueden preferir un noviazgo a un nuevo matrimonio para no tener las obligaciones de largo plazo como cuidar a un esposo enfermo o las tareas domésticas (Carr 2004). Otro elemento que puede frenar la formación de una nueva pareja por parte de las mujeres es el estereotipo que puedan tener sobre los “hombres viejos”. Para los hombres, en cambio se podría pensar que la ecuación puede ser diferente – una nueva mujer puede ofrecer las ventajas de una división desigual de los labores domésticos y de la perspectiva que haya alguien que les cuide cuando su salud falle. Además, al contrario que para muchas mujeres, en el caso de los hombres el sexo puede ser un incentivo más

bien que un coste (Davidson y Fennell 2002). Asimismo, Carr y Utz (2002) apuntan que los hombres pueden incrementar su dependencia emocional de la esposa como resultado de la contracción del círculo de amistades después de la jubilación y que los hombres reciben menos apoyo de sus hijos adultos en caso de viudedad. Ambos elementos explican la mayor necesidad emocional e instrumental de encontrar compañía en una nueva pareja.

En cambio, en un estudio inglés hecho por Davidson (2002), casi todas las viudas que no han vuelto a casarse o cohabitar no deseaban una nueva relación, sin importar edad, salud o estado de la riqueza. Por cierto, los hombres lo deseaban más, o habían ya emprendido una relación sentimental – y cuando más joven, sano, y rico el viudo, mayor la probabilidad. Las razones principales propuestas por las viudas para no desear una nueva relación eran que no deseaban ocuparse de otro hombre, que habían tenido una unión feliz, y que su último esposo no podría ser substituido. Para poder cuidar de y preocuparse por otro hombre, tendrían que abandonar la libertad y la independencia de que habían gozado desde que ha aprendido a vivir solamente. Parece entonces, que al contrario a la visión común que las viudas más mayores no tienen nuevas relaciones debido a, sobre todo, la carencia de hombres disponibles, una condición importante que interviene es la elección, es decir, que las viudas mayores no desean una nueva relación.

2.3.4 Living Apart Together

En un estudio holandés sobre viudos y viudas entre 50 y 89 años en que sí se han emparejado de nuevo, De Jong Gierveld (2002) analizó las consideraciones en el proceso de toma de decisiones que lleva a tres tipos de relaciones: segundas nupcias, una unión consensual con cohabitación o una sin. El último se define como Living Apart Together o LAT en la forma abreviada. Como la esperanza de vida femenina supera la de la masculina, y, al mismo tiempo, los hombres tienden a casarse con mujeres más jóvenes, los porcentajes de viudas son más elevados que los de viudos en edades avanzadas. Aunque es esperable que una proporción importante de viudas en estas edades prefieran continuar viviendo solas, por ejemplo porque no quieren renunciar a la nueva libertad y independencia, sobre todo si han dedicado mucho tiempo y con mucha dedicación y cariño a cuidar su marido que estaba enfermo y de quien se ocupó hasta que falleció, es posible que los que sí contemplan una nueva relación no elijan un nuevo casamiento sino que opten por una unión más flexible, como cohabitar

sin estar casado o mantener el propio hogar (tipo LAT). Aunque ha habido pocos investigaciones sobre las ideas y actitudes de la gente mayor sobre la modalidad de convivencia (*living arrangements*), en países como Suecia y los Países Bajos las relaciones de LAT constituyen una alternativa cada vez más popular a la cohabitación (con o sin matrimonio) donde la proporción parece ser más elevada entre las personas mayores más jóvenes (Levin y Trost 2001; de Jong Gierveld 2002).

Está claro que la dificultad de encontrar una nueva pareja sólo forma un parte de la explicación que las segundas nupcias entre parejas de mayor edad sea poco habitual en la mayoría de los países occidentales, porque son sobre todo las mujeres mayores las que más dudan sobre el matrimonio. Eso no es solamente porque corren el riesgo de estar encerradas dentro de un rol tradicional de matrimonio, pero también, y más específicamente, porque no quieren correr el riesgo de ser, finalmente, una “enfermera” para un hombre que a menudo es más mayor que ella (Lopata 1996). Eso no significa que no están interesadas en relaciones íntimas, porque hay una tendencia creciente entre solteros de mayor edad que buscan nuevas formas de amistad íntima de largo plazo sin que también implique matrimonio o cohabitación. Lo que parece, sin embargo, que las mujeres son los instigadores de la decisión de vivir como parejas de LAT (Karlsson y Borell 2002). Según los resultados de esa encuesta Sueca, entrevistados masculinos y femeninos rechazaron la sugerencia que la idea de tener una relación LAT fuera motivado por consideraciones financieras o basada en experiencias infelices de relaciones anteriores. Por otra parte, considerablemente más mujeres que hombres menciona la dificultad implicada en adaptarse a los hábitos de una nueva pareja o las maneras y las dificultades prácticas de vivir juntos (por ejemplo, si uno de los cónyuges es un fumador empedernido mientras que el otro es alérgico a fumar; o que ni una ni otra de los dos desean vender su vivienda). Pero la desigualdad de género es sobretodo evidente con respecto a dos motivos más que giran en gran parte alrededor de la autonomía, a saber la importancia de tener un hogar propio y en segundo lugar la importancia de ser liberado de las tareas que se presentarían si uno estuviera casado. Como en un matrimonio, las relaciones de tipo LAT se basan en amor mutuo, la atracción y el desarrollo de varios compromisos morales de uno al otro. Sin embargo, estas relaciones tienen pocas, si las hay, de los cimientos sobre los que se base un matrimonio: la pareja casi no tiene ninguna propiedad de recursos en común. Sus economías privadas son separadas y tienen un grado muy limitado de posesiones o de

ahorros compartidos (y además, no hay una indicación que la propiedad común tienda a aumentar con el paso de tiempo, lo que haría las relaciones de LAT con los matrimonios). Además, las parejas de LAT de personas mayores no tienen, en general, hijos en común, y tampoco tienen una red compartida de la familia extendida que las unan (Karlsson y Borell 2002). Por lo tanto, el vínculo entre la pareja de LAT está principalmente basada sobre el mutual compromiso emocional y moral. El foco de la relación está en la intimidad y en dar y recibir principalmente apoyo emocional. De tal modo, la relación depende fundamentalmente de la satisfacción mutua, más bien que de vínculos convivenciales.

3 Tendencias sociodemográficas de las segundas nupcias entre los viudos y las viudas: Ejemplos de España y de otros países

El contexto personal y social influye, entonces, en la probabilidad de que un viudo o una viuda contraiga una nueva unión sentimental estable. Sobre todo, las segundas uniones están condicionadas por factores como la edad, sexo y salud del viudo, la duración de la viudedad, factores socioeconómicos (sobre todo el nivel educativo y de recursos económicos), factores del hogar (por ejemplo si reside o cuida a hijos) y de las normas y los valores del individuo y su entorno. La importancia de la mayoría de estos, digamos, determinantes de segundas nupcias para viudos, también cambian con el tiempo y difieren entre generaciones.

También hay consideraciones históricas o culturales más profundas. Por ejemplo, históricamente en Europa occidental, el segundo matrimonio de una viuda era mucho menos tolerado que un segundo matrimonio de un viudo (Burguière 1981; Segalen 1981). Sin embargo, en tiempos de un profundo desequilibrio por sexo en el mercado matrimonial (*marriage squeeze*) como después una guerra, las normas no eran seguidas siempre o por todos tan estrictamente. En el caso de España, las mujeres de las generaciones 1911-1920 – el cohorte más afectada por la sobre-mortalidad masculina durante la Guerra Civil – se casaron en segundas nupcias con más frecuencia que la generación siguiente (Houle et al. 2001).

Del mismo modo, las razones que explican la baja propensión de las mujeres a volver a vivir en pareja después de una disolución matrimonial (sea por viudedad o separación) en el tiempo actual, tienen en parte su explicación en un mercado matrimonial que es

fuertemente determinado por género. En efecto, los hombres mueren a edades más tempranas que las mujeres y, en España, se casan con mujeres que, en promedio, son entre 2 y 3 años menores que ellos (Sánchez Vera y Bote Díaz 2007; Cabré 1994). Estos dos hechos hacen que el mercado matrimonial de las mujeres viudas sea bastante más restringido que el de los hombres viudos a edad igual, y que su desventaja crezca con la edad (Uhlenberg 1989; Houle et al 2001). Sin embargo, según Cabré (1994) en caso de desequilibrio de efectivos entre sexos, un posible mecanismo de ajuste de mercado será “*el aumento de la propensión a las segundas y ulteriores nupcias para el sexo deficitario y/o disminución de dicha procesión para el sexo excedentario*”.

A partir de varios estudios anteriores que proviene de España y el extranjero se resumen, entonces, brevemente algunos de los resultados sobre los factores demográficos, socioeconómicos y otros más destacadas que causan diferencias en las probabilidades de entrar en segundas nupcias después la viudedad.

3.1 Edad y sexo

Con respecto a los componentes más importantes que explica diferencias en las segundas nupcias de los viudos y las viudas, estudios han mostrado que en cada edad, los viudos han tenido una mayor probabilidad de volver a casarse que las viudas y que la probabilidad baja con la edad. Por ejemplo en el estudio de Houle et al (2001) sobre Cataluña (a partir de la Encuesta Sociodemográfica (ESD) de 1991), los hombres nacidos entre 1911 y 1940 tenían 6,7 veces más probabilidad de entrar en segundas nupcias que mujeres. Sobre todo se encuentran diferencias entre los de edad media (35-64) y mayor (65+). Aunque tanto los hombres como las mujeres más jóvenes (menores de 35 años) vuelven a unirse más que los mayores de 35 años, esa diferencia era más grande entre las mujeres: la probabilidad de entrada en segundas nupcias después la viudedad era 10 veces más para las mujeres jóvenes que para las mujeres más mayores, pero sólo tres veces más en el caso de los hombres. Cuando se han controlado por factores que determinan la entrada en segundas nupcias después de la ruptura de un primer matrimonio por viudedad como el número de hijos y el nivel de educación, estos ratios bajaron a 5,3 y 1,3 para viudas y viudos respectivamente. Aunque ambos ratios son estadísticamente significativas, la edad discrimina sobre todo a las mujeres para entrar en nuevas uniones.

Comparando con otros países, tomando en cuenta las distintas categorías de edad y tiempo pasado desde la disolución que diferentes estudios han utilizado, las tasas de segundas nupcias por edad y sexo de los viudos y viudas no parece diferir mucho entre los países industrializados. Por ejemplo, según Smith et al. (1991) los viudos menores de 60 años en los EE.UU. tenían una probabilidad de volver a casarse 10 veces más alta que los viudos mayores de 60 años. En el caso de las viudas esta razón sólo era tres⁶.

Según el Office for National Statistics de Gran Bretaña, entre 1991 y 2000 las tasas anuales de segundas nupcias para viudos en Inglaterra y Gales eran 4 veces más altas que para viudas (respectivamente 2,7 y 11,3 matrimonios de viudos/as por 1000 viudos/as) donde las diferencias subieron claramente por edad (edad 25-29: 130 y 88 matrimonios de viudos y viudas por 1000 viudos/as; edad 45-54: respectivamente 44 y 17 por 1000 viudos/as; y edad 80+: 0,1 y 1,6 por 1000 viudos/as)¹⁰. Valga decir que las ratios bajaron ligeramente durante la década.

En el estudio canadiense hecho por Wu (1995) la probabilidad de segundas nupcias entre mayores de 65 años 14 años después la muerte del cónyuge era tres veces entre los viudos que entre las viudas (40% frente a 14%).

Para resumir, ambas variables, edad y sexo, influyen en la probabilidad de entrada en segundas nupcias, es decir, quienes concentran mayores probabilidades son los hombres jóvenes.

3.2 Hijos y otros miembros de familia presente en el hogar

Tanto el número como la edad de los hijos son factores importantes en la propensión de volver a vivir en pareja después de una disolución matrimonial. Los motivos incluyen la dificultad de combinar el empleo con criar a los hijos (Uhlenberg 1989), la desaprobación que viene de hijos (Lopata 1996) y también posibles dificultades en la adaptación en una familia reconstituida (Smith et al. 1991) o que las necesidades emocionales (de Jong Gierveld y Dykstra 1998) o apoyo instrumental (Carr y Utz 2002) ya vienen de los hijos lo que les hace tener menor o ningún interés en una nueva

¹⁰ Elaboración propia a partir de las tablas 1.1, 3.12 de Office for National Statistics (2002) y Office for National Statistics (2007a; 2007b; 2007c).

relación. Estos factores parecen disminuir más la probabilidad de las viudas de casarse de nuevo que la de los viudos.

Sin embargo, en términos estadísticos, los resultados no siempre son muy claros. Aunque, teóricamente, tener hijos de edad escolar tiende a bajar la probabilidad de segundas nupcias y que no deberían ser tanta una barrera cuando se hacen mayores de edad (Sweeney 1997¹¹), según el estudio Catalán (Houle et al. 2001), los viudos sin hijos tenían 7 veces más probabilidad de entrar en segundas uniones que las viudas en la misma situación (7% y 1%, respectivamente), mientras tener hijos menores aumentó esa probabilidad, especialmente entre las viudas con sólo un hijo (aunque en cifras absolutas los viudos todavía mantuvieron una gran ventaja). Sin embargo, para ambos sexos tener solamente hijos de mayor edad resultó en una probabilidad de volver a casarse mucho más baja (2% y 0,2%, respectivamente) que para enviudados con hijos menores. Lo que ha podido influir estos resultados es la categoría de edad, porque solamente distinguieron entre hasta y a partir de 35 años, por lo que las ratios casi no cambiaron después de haber controlado por otros factores (en el caso de las categorías relacionadas con hijos menores, sí hubo un descenso en la razón de la entrada o no en segundas nupcias). Como sabemos, la población de edad 35 y más es muy diversa, como incluye personas de edad mediana sin hijos, con hijos menores o con hijos mayores y también personas de mayor edad sin hijos o con hijos que suelen ser de mayor edad.

En el estudio de Wu (1995), tener hijos presentes en el hogar no afectó significativamente la probabilidad de entrada en segundas nupcias para los viudos mayores de 65 años, pero sí para las viudas de la misma edad: a saber un 93% menos según los resultados de los modelos de tasa de riesgo (*hazard rate models*).

Según Smith et al. (1991), el número de hijos de menor edad en el hogar sólo afectaba la probabilidad de segundas nupcias entre los enviudados menores que 60 años, aunque más para las viudas que para los viudos. A partir de las estimaciones del modelo de tasa

¹¹ En el artículo se refiere a divorciados, pero la mayoría de los argumentos se puede aplicar también a viudos. La excepción, tal vez, es que en el caso de divorcio hay normalmente uno de los padres que recibe la custodia, y como lo más habitual es que lo da a la madre, son ellas que tengan menos oportunidades y son menos elegibles para segundas nupcias. También hay indicaciones que los divorciados lo tienen más difícil para casarse de nuevo si tienen hijos mayores, sobre todo si siguen una formación de tercer ciclo, porque demandan más recursos económicas que los hijos de otras edades para los padres ausentes.

de riesgo (Smith et al. 1991; Tabla 3) la probabilidad de segundas nupcias para viudas con un hijo baja un 31% con respecto a viudas sin hijos y en el caso de viudos un 16%. Las cifras para dos hijos son un 52% y un 29% menos, y para tres hijos, respectivamente 67% y 40% menos que viudos y viudas sin hijos. También analizaron la presencia de otros adultos en el hogar del viudo/la viuda, con el razonamiento que tal compañía es suficientemente reconfortante para que no se perciba las segundas nupcias como una alternativa. Sin embargo, los resultados no mostraron un efecto.

Resumiendo, tener hijos, sobre todo de menor edad, no favorece la probabilidad de entrar en segundas nupcias para personas que han enviudado, y favorece menos a las viudas que a los viudos.

3.3 La edad al primer matrimonio, la duración de primer matrimonio y la edad de disolución del matrimonio

Wu (1995) también incluyó en su modelo la edad al primer matrimonio¹², la duración del primer matrimonio¹³ y la edad de disolución del matrimonio¹⁴, aunque no todos en un modelo donde el coeficiente de cada indicador está determinado por los otros dos. Los resultados mostraron que los viudos que tuvieron una duración larga de primer matrimonio entraron menos en segundas nupcias. Siendo habitualmente más mayores, es el envejecimiento lo que parecía un obstáculo para casarse de nuevo (sobre todo para viudas por falta de hombres) en vez de factores psicológicos. Además, cuando la edad de hacerse viudo estaba incluida en el modelo, la duración de matrimonio ya no tuvo efecto. La edad del primer matrimonio también mostró una relación negativa y significante a segundas nupcias y para ambos sexos (controlando por la duración del matrimonio). La falta de preferencia para vivir sin un entorno familiar es un motivo

¹² El autor esperaba que casarse en una edad temprana tendría un efecto positivo en las segundas nupcias, sobre todo para las viudas, porque la persona tendría menos preferencia para vivir sin un entorno familiar por falta de inversión en los recursos de mercado-laboral.

¹³ Se propone que viudos y viudas que han tenido un matrimonio de largo duración tienden a retrasar segundas nupcias porque el apego que tienen a su cónyuge anterior pueda reducir el deseo para casarse de nuevo. También tienden a ser más mayor lo que también reduce la oportunidad de segundas nupcias.

¹⁴ Se asumía que tiene un efecto negativo en segundas nupcias porque las oportunidades de casarse de nuevo baja con la edad (por ejemplo por las tasas ascendentes de morbilidad y mortalidad, y, en el caso de las viudas, además por la sub-oferta de hombres).

porque los que se han casado por primera vez en una edad muy temprano son más probable en casarse de nuevo. Mientras para las viudas eso puede ser porque no se ha acumulado muchos recursos económicos, en el caso de los viudos eso puede ser por tener más dificultades en adaptarse en vivir solo.

Para resumir, la edad a la que se enviuda y la edad al primer matrimonio y no tanto la duración del primer matrimonio son factores que influyen en la posibilidad de establecer segundas nupcias.

3.4 La duración de la viudedad

En general, las tasas de segundas nupcias de viudos reflejan una función descendiente a medida que dura la viudedad. Sin embargo, desde la disolución por el fallecimiento del cónyuge, diferente a los divorciados/as quienes se casan de nuevo más rápidos, es más propenso que los viudos esperen por las costumbres sociales respecto a un periodo apto de luto. Como consecuencia, sus tasas de segundas nupcias aumentan en el tiempo inicialmente. Pero, como los viudos/as son como promedio más mayores que los divorciados/as, el transcurso de tiempo también puede reducir la probabilidad de una nueva unión en el contexto del aumento de las tasas de morbilidad y mortalidad axial como la presencia de mantenerse viudo o viuda. Debajo estas circunstancias las tasas bajan en el tiempo (Smith et al 1991).

En el estudio Estadounidense de Smith et al (1991) se testaron modelos de riesgo de Gompertz frente a modelos de riesgo cuadrático. Según los resultados, la bondad de ajuste del modelo cuadrático era significativamente superior, es decir, las tasas de segundas nupcias subieron inicialmente cuando la duración de viudedad aumentó, pero después bajaron, lo que provoca la sugerencia que segundas nupcias puede ser un alternativa atractiva, pero solo después un periodo razonable de luto para ellos que están interesados en ella y quien pueden atraer ofertas de matrimonio.

Los resultados del estudio canadiense hecho por Wu (1995) eran parecidos. A partir de tablas de vida, la proporción cumulativa de segundas nupcias aumentó rápidamente en el inicio, sobre todo entre los hombres, pero después las tasas de segundas nupcias

reflejan una función decreciente del tiempo¹⁵. Al envejecer se reduce la “elegibilidad” en el mercado matrimonial y/o que con el paso del tiempo tiene menos preferencias para casarse de nuevo (Smith et al. 1991; Wu 1995). Además, como reflejan los resultados de ambos trabajos, no sólo hay más viudos que se casan de nuevo que viudas, también se casan antes.

Más cerca de casa, según el estudio hecho por Houle et al (2001) y a partir de tablas de vida, 13% de los viudos pero tan solo 2% de las viudas nacidos en el periodo 1911-40 (edad 50-79 a la hora de la encuesta) volvieron a casarse dentro de dos años después la disolución del primer matrimonio por causa de viudedad y estas proporciones eran de 28% y 5%, respectivamente, transcurridos 5 años. A 10 años de viudedad, estas probabilidades acumuladas de segundas nupcias de viudos y viudas subieron a 54% y 8% y después 14 años, respectivamente a 62% y 11% (y entonces, mientras las viudas catalanas entraron algo menos en segundas nupcias que sus homologas canadienses, en el caso de los viudos, los catalanas se casaron de nuevo bastante más que los canadienses. En ambos casos, las diferencias se destacaban a partir de los 5 años de viudedad).

Para recapitular, después un periodo de luto, las probabilidades de nuevas uniones suben inicialmente para, luego, con la duración de la viudedad volver a descender. Eso no ocurre solamente por el aumento de la morbilidad sino que también por la acostumbra de vivir solo.

3.5 Estatus socioeconómico y la actividad laboral

En cada sociedad, recursos y recompensaciones materiales y no-materiales no están distribuidos igualmente. Éste desigualdad se pueden representar como un sistema de estratificación social. En el, las personas consiguen diferentes posiciones o estatus socioeconómico a lo largo de la vida, lo que habitualmente se mide en términos de la categoría profesional (*occupational class o status* en inglés), logro educativo, nivel de

¹⁵ Después 2 años 15% de los viudos mayores de 65 años han entrado en segundas nupcias y después 5 años ya casi uno cada 4 (24%). Las cifras que corresponden a las viudas de la misma categoría de edad son 2,6% y 7%. A continuación, las probabilidades cumulativas de segundas nupcias no aumentan tanto: después 10 años de viudedad un 35% para viudos y 11% para viudas y después 14 años, respectivamente 40% y 14%.

ingresos o bienes económicos. A diferencia de otros tipos de sistemas de estratificación, como esclavitud o casta, el estatus socioeconómico está, al menos parcialmente, logrado y no dado y por eso la movilidad social hacia arriba o abajo es más común (Giddens 1989; Kunst 1997). Aunque están muy relacionados (un alto nivel de educación permite encontrar mejor empleo y éste debería generar ingresos más altos) cada uno de estos indicadores también tiene su propia relación en el mercado matrimonial¹⁶.

Según Kalmijn (1994) se pueden separar el efecto del estatus social asociado con la categoría profesional en una dimensión económica y cultural. Desde la perspectiva económica, en sociedades con roles de género tradicionales, las mujeres compiten entre ellas por hombres que tienen recursos económicos atractivos, mientras que los hombres compiten por mujeres con recursos atractivos en otros ámbitos. Sin embargo, en sociedades donde la mayoría de mujeres también trabajan, se encuentran que los hombres compiten por mujeres que son atractivas económicamente, como las mujeres siempre han competido por hombres económicamente atractivos. Los recursos culturales, en cambio, se refieren a valores (por ejemplo sobre la crianza de hijos), actitudes políticas, conocimientos culturales y gustos en arte y música, que además guían la manera en la que personas interactúan. En general, las personas prefieren emparejarse con alguien que tiene recursos culturales similares, lo que es importante en la producción de bienes relacionales como el afecto y la conformación social en el matrimonio. Sin embargo, como los jóvenes a menudo tienen trabajos que tiene poco que ver con sus carreras en la edad adulta, la profesión se hace un factor más importante en el mercado matrimonial cuando las personas ganan experiencia en el mercado laboral. Efectivamente, la asociación entre la profesión del marido y la de la mujer es

¹⁶ Por ejemplo, el nivel educativo determina el acceso a la información y la competencia en beneficiar de nuevos conocimientos. Los ingresos (o capital) puedan facilitar el acceso a éste información, invertir en la búsqueda (por ejemplo por agencias matrimoniales, hacer viajes para solteros o hacerse socio de clubs sociales) y también hacer la persona más atractivo para aquellos que buscan una nueva relación, aunque para aquellos que tienen su propia vivienda u otros recursos financieros y no quieren perder su independencia o no quieren compartir sus bienes con otra persona (por ejemplo para no tener conflictos de herencia con los hijos), un nuevo matrimonio (más que una nueva relación) puede ser menos deseado. El tercer indicador socioeconómico, la categoría profesional, cubre aspectos que contiene ambos la educación y los ingresos, pero también incluye las ventajas que se acrecientan del ejercicio de un trabajo específico, tal como privilegios, prestigio, poder, y habilidades sociales y técnicas (Kunst 1997) que puede mejorar la elegibilidad de una persona en el mercado matrimonial.

más fuerte para aquellos que se casan más tarde (relativamente a su carrera educativa) (Kalmijn 1994). Eso también aplicaría a los viudos que por ser más mayores, y estar más consolidados en un entorno de trabajo, es más probable que encuentren un cónyuge allí.

Sin embargo, para las personas viudas no activas (hoy en día la mayoría) el nivel de educación, ingresos o capital tendrán más utilidad. Además, el nivel de instrucción determina un parte importante en la colocación de la ocupación de un individuo (Smits et al. 1998) que forma parte de la dimensión cultural de la categoría profesional.

Según el estudio de Smith et al. (1991) las tasas de segundas nupcias entre las viudas menores de 60 años con mayor nivel de estudios son más bajas que para ellas que obtuvieron menos educación, mientras la educación no tuvo efecto entre los viudos. Los autores de este estudio dieron tres posibles razones para estos resultados: 1) hay menos hombres elegibles con niveles de educación similares o más altos; 2) los hombres elegibles puedan elegir mujeres para el noviazgo de cualquier nivel educativo; 3) las mujeres con niveles más altos de educación puedan tener menos necesidad de casarse de nuevo, por ejemplo porque tienen los recursos económicos para manejarse independientemente. En el caso de los viudos mayores de 60 años, el nivel de educación sí era importante por la expectativa de segundas nupcias. Eso puede sugerir que los viudos más mayores necesitan tener un mínimo nivel de estatus socioeconómico para ser elegibles en el mercado matrimonial. Eso puede ser en parte porque habitualmente se casan con mujeres más jóvenes y tienen peor perspectivas de salud.

Los resultados del estudio de Wu (1995) sobre los canadienses mayores de 65 años eran semejantes: una asociación positiva entre el nivel de educación y las segundas nupcias para los viudos y negativa (aunque no estadísticamente significante) para las viudas.

Finalmente, lo que también se ha estudiado dentro el ámbito socioeconómico es la relación entre la formación de pareja y el estatus de actividad laboral. Como vimos anteriormente, el trabajo puede proveer un escenario deseado para un mercado matrimonial o, al menos, redes sociales que extienden el terreno del mercado matrimonial del individuo. Sin embargo, la mayor independencia económica para las mujeres puede aumentar el nivel mínimo de la aceptabilidad de una pareja potencial puesto que la sanción económica de no estar casada se reduce, pero también la posibilidad que no llegar a casarse (de nuevo), en parte porque con el tiempo (es decir, la edad) el número de hombres elegibles bajan (Oppenheimer 1988). Sobre todo las

mujeres con un alto estatus de ocupación se casan con menos frecuencia que otras mujeres, aunque este escenario no es tan sencillo porque depende mucho de la edad. Si bien se hablaba más sobre divorciados, según Sweeney (1997) las segundas nupcias de las mujeres están relacionados negativamente con la actividad cuando la ruptura ocurrió en una edad joven, pero positivo si eso pasó más tarde, lo que significa que un alto estatus de ocupación pueda ser una característica deseada en el mercado matrimonial, mejorando la capacidad para una mujer de atraer a un hombre. En el mismo estudio, aquéllas con un menor compromiso profesional tienen más probabilidad de volver a casarse, lo que sugiere que la segunda unión puede constituir una alternativa al trabajo.

En el estudio catalán hecho por Houle et al. (2001) donde se controlaron por grupos de edad, la actividad no tuvo un efecto significativo en la probabilidad de entrar en segundas nupcias entre divorciados/as y viudos/as, aunque en el caso de los viudos el ratio de odds era 3 veces más para los ocupados.

Resumiendo, se pueden decir que, por lo general, el nivel educativo y la actividad (ambos factores vinculados con la mayor independencia económica) tienen un efecto positivo para los viudos y negativo para las viudas en la probabilidad de casarse de nuevo. Si la ruptura no ocurrió en una edad temprana esa relación también es positiva en el caso de las viudas, lo que sugiere que un alto estatus de ocupación también puede ser visto como un recurso para las mujeres en el mercado matrimonial.

3.6 Religión / valores

Mientras las personas divorciadas puedan casarse de nuevo bastante rápidamente después divorciar, los viudos pueden ser más propensos esperar para casarse debido a valores sociales con respecto a un período conveniente del luto, lo que resulta en tasas de riesgo de segundas nupcias que en principio aumentan en el tiempo (Sweeney 1997). En cambio, para los que no se sientan vinculados por los valores y las normas tradicionales, las uniones consensuales o Living Apart Together pueden ser opciones interesantes puesto que no son relaciones de pareja que estén atadas por las formalidades del matrimonio (De Jong Gierveld 2002).

El tratamiento del tema de la relación entre la religión y las segundas nupcias en anteriores estudios se ha centrado sobre todo en los católicos, para los que se suele encontrar una asociación negativa. De Jong Gierveld (2002) usaba como indicador de

valores y normas si la persona pertenecía a una iglesia católica o protestante o no era miembro de una iglesia¹⁷. Según los resultados de los modelos de regresión de Cox de riesgo proporcionales (controlando también por otros factores) los miembros de una iglesia eran menos susceptibles de emparejarse de nuevo que los que no pertenecían a una iglesia, aunque sólo el coeficiente por los católicos era significante.

Los resultados del estudio hecho por Wu (1995) también mostraron que los católicos tuvieron tasas de segundas nupcias más bajas, aunque las estimaciones no eran estadísticamente significativas, lo que puede reflejar una creciente erosión del impacto de la enseñanza católica tradicional en el comportamiento nupcial.

3.7 La salud, satisfacción en la vida y la supervivencia entre los viudos y las viudas

Como los viudos son, en general, de mayor edad, el paso del tiempo, en parte por el tiempo de luto, también puede reducir la probabilidad de segundas nupcias desde el punto de vista de las ascendentes tasas de morbilidad y mortalidad, así como la preferencia de mantenerse viudo. Sobre estas condiciones, la tasa de riesgo de segundas nupcias se reduciría con el tiempo porque alguien que busca pareja (viudo o no) prefiere a una persona en buena salud y no a uno que necesita cuidado. Además, es probable que un soltero en mala salud no tenga la energía o movilidad para buscar pareja. Sin embargo, desde un perspectivo de selectividad socio-emocional eso no es tan unidireccional, ya que los viudos o viudas en mala salud físico o mental requieren, más que otros, apoyo emocional y instrumental, mientras que los viudos en buena salud físico o mental no necesitarían nuevas parejas porque ya tienen suficientes lazos de la amistad y familia (Moorman et al. 2006). Sin embargo, según los resultados del estudio de Moorman et al. (2006) que sólo miró a las viudas, las personas que se casaron de nuevo mostraron mejor salud mental (menos grado de depresión) que las otras viudas

¹⁷ Los resultados bivariados mostraron que algo más que 40% de los que han emparejado de nuevo (segundas nupcias, cohabitación o LAT) eran Católicos o Protestantes (con pocas diferencias entre las religiones y los tipos de convivencia) y 60% no pertenecía a una iglesia. En cambio, de las personas sin pareja la mayoría (61%) eran creyentes.

(la salud física no tenía importancia). Sin embargo, eso puede ser porque una nueva relación puede ayudar a mejorar o a mantener la buena salud de personas mayores y al mismo tiempo parejas cuida la salud del otro. No obstante, los investigadores no pudieron averiguar lo que vino primero, la buena salud o la nueva unión.

En el estudio hecho por (Chipperfield y Havens 2001) sobre la relación entre un cambio o no en el estatus civil y la satisfacción en la vida¹⁸ en Manitoba, Canadá entre 1983 y 1990, sí han podido controlar por la situación en la fecha de inicio (y ajustar por condiciones de salud). Además señalaba que hombres y mujeres muestran diferencias claras. Los resultados mostraron que la satisfacción en la vida entre mayores empeoró significativamente entre las mujeres pero no los hombres que experimentaron estabilidad en el estado civil (es decir, casados o no casados en ambos periodos). En cambio, una pérdida de cónyuge (en 87% de los casos por fallecimiento) tuvo un efecto negativo y significativo en la satisfacción de vida para ambos sexo, aunque más para los viudos, tal vez porque pueden sufrir más consecuencias psicológicas después la viudedad. Parecido, ganar un cónyuge (entre solteros, separados, divorciados o viudos) resultó en un aumento muy significativo en la satisfacción en la vida entre hombres no pero sólo casi significativo entre las mujeres. Una de las explicaciones que dieron para la asociación clara entre cambios en la satisfacción en la vida y cambios en el estado civil entre los hombres era porque tienen pocos confidentes por lo cual están más predispuestos a aislamiento social y soledad que aquellas mujeres que han pasado por el mismo (perder un cónyuge), lo que puede ser un motivo para ellos por entrar más y más rápido en segundas nupcias que se hacen más satisfecho en la vida. En cambio, para las mujeres mayores la disminución de la satisfacción en la vida no es tan influido por su estado civil, pero más con otros factores más generales relacionado con envejecer en una sociedad contemporáneo.

Tal vez la manera más contundente y objetiva para ver como la viudedad afecta la salud es analizar las diferencias en la mortalidad por estado civil. Investigaciones han demostrado consistentemente que, después de controlar para el estado de salud inicial, la gente casada vive más y tiene menos problemas de salud que los solteros, divorciados

¹⁸ Un indicador compuesto de 20 declaraciones como “Al envejecer, las cosas parecen mejor que lo que pensaba”, en que el encuestado estaba en acuerdo, desacuerdo o que no lo sabía.

o enviudados y que las diferencias relativas son más grandes en las edades más jóvenes, para los hombres, y que se están aumentando (Hu y Goldman 1990; Joung 1996; Smith y Zick 1996; Mineau et al. 2002; Martikainen et al. 2005). En términos de las causas de la muerte que contribuyen a las diferencias de la mortalidad por estado civil, las más destacadas son las causas externas, cirrosis de hígado, diabetes, cáncer de pulmón, enfermedad pulmonar obstructiva crónica y enfermedades de corazón, aunque hay algunas diferencias internacionales y entre las categorías no-casadas (cfr., por ejemplo, Burgoa et al. 1998 (para España); Cheung 2000; Martikainen et al. 2005; Kalediene et al. 2007; y para mortalidad total Hu y Goldman 1999).

Según Ben-Shlomo et al. (1993) no todas las categorías de estado civil tienen los mismos riesgos de mortalidad y por eso se debe investigar el ciclo de vida de cada categoría para mejorar nuestro entendimiento del posible role causal de estado civil en la etiología de enfermedades.

Algunos investigadores como Hu y Goldman (1990) y Joung (1996) asumen que el efecto del estado civil sobre la salud es mediado por factores psicosociales, circunstancias materiales y comportamiento de la salud. Por ejemplo, los grupos del estado civil se diferencian en su exposición y vulnerabilidad a la tensión psicosocial. Mientras la pérdida de una persona querida es una fuente importante de tensión en sí misma, el divorcio (o la separación marital) puede evocar la tensión con sensaciones de la falta, de la autoestima bajada, y de un sentimiento de incompetencia¹⁹. Los viudos y los divorciados también tienen cambios concurrentes, tales como una bajada en la renta, cambios en las responsabilidades parentales, movimiento forzado a otra vivienda, o la pérdida de actividades familiares, todos que contribuyen a la tensión total experimentada. También hay tensión psicológica que no está causada por hacerse viudo

¹⁹ Según Martikainen y Valkonen (1996) la muerte de un cónyuge parece tener un efecto causal sobre la mortalidad, sobre todo para los hombres, y también después de haber controlado por otros factores. Aunque significativo, el efecto (en un contexto finlandés) no es grande y no parece durar por mucho tiempo. En el conocido estudio inglés “Whitehall” (Ben-Shlomo et al. 1993) también analizaron los patrones de mortalidad masculina por causa de muerte que eran distintas por las categorías de estado civil de no-casados. Por ejemplo, los viudos tenían más riesgo de morir de enfermedades isquémicas del corazón que persistió después de haber excluido las defunciones que ocurrieron en los primeros dos años y los divorciados murieron más de cáncer pero que no se pudieran explicar solamente por un consumo más elevado de tabaco. En el caso de los nunca-casados, su exceso de mortalidad ya no era evidente después ajustando por otros factores de riesgo, lo que sugiere que el estado de soltería no es en sí mismo un factor de riesgo.

o divorciado en sí, pero por las actitudes sociales negativas hacia ello como tener nuevos uniones, aunque han llegado a ser más liberales en años recientes (véase también párrafo 2.2).

Las diversas circunstancias materiales experimentadas por los viudos también llevan a diferencias potenciales en la salud comparando con los casados, porque compartir un hogar reduce los costes diarios para vivir y un cónyuge también puede proporcionar la ayuda social lo que rebaja los efectos negativos de la tensión en la salud. Además, cuando una unión se disuelve, es habitualmente la mujer quien tiende a estar económicamente peor situada, sobre todo cuando el marido era el asalariado único o/y ella nunca se ha cotizado para una pensión.

También se consideran como intermediario de la asociación entre el estado civil y la salud el comportamiento de la salud. Por ejemplo, se ha demostrado que los casados practican menos comportamientos que perjudiquen la salud como fumar y beber excesivamente que los no-casados. También es más probable que la gente casada use servicios médicos preventivos o tratamientos prolongados (Joung et al., 1996).

Sin embargo, hay otros que dicen que también existe un efecto de selección como la salud y atributos relacionados a la salud también pueden determinar el estado civil en primer lugar (Cheung 2000). Por ejemplo, Fu y Goldman (1996) dicen que además de la historia familiar, el estatus socioeconómico y factores estructurales del mercado matrimonial, lo que también influye en el éxito de encontrar a una pareja adecuada son factores de comportamiento como beber mucho alcohol o características físicas asociadas con la mala salud como la obesidad y por eso no es extraño encontrar que los solteros tengan peor salud. Análogamente, según Cheung (2000) la muerte de un cónyuge puede estar asociada con los antecedentes socioeconómicos y del comportamiento (por la homogamia matrimonial y el compartir del entorno, comportamiento y estilo de vida) que perjudican una buena salud y por lo tanto también son riesgos de salud para el viudo/la viuda sobreviviente (véase también Martikainen y Valkonen 1996). Sin un buen control por estos factores de selección matrimonial será difícil mostrar si el estado civil tiene algún efecto en la salud. En su estudio británico sobre mujeres mayores de 35 años Cheung (2000) no pudo mostrar diferencias significativas en las tasas de riesgo en mortalidad total y por enfermedades cardiovasculares y cáncer para las viudas y las divorciadas en relación con las casados

después de haber controlado por factores como la educación, el consumo de tabaco y alcohol, pero sí para las solteras.

4 Un resumen de los factores que influyen la posibilidad de emparejarse de nuevo

Una de las teorías más conocidas sobre los motivos subyacente del proceso de formar una segunda unión viene del ámbito de los modelos de la opción racional que sugieren que los viudos que vuelven a casarse perciben que los beneficios netos del matrimonio son más grandes que los beneficios netos de quedarse viudo (Becker 1987). Dentro este contexto, todas las características de los viudos y de sus parejas potenciales afectan el beneficio neto percibido de buscar una nueva pareja. Como es el caso en la búsqueda de empleo, buscar una nueva pareja requiere una inversión de tiempo, energía y dinero y que las personas interesadas en una nueva relación suelen poner un minima al criterio de aceptación (Oppenheimer 1988). Estas personas, entonces, auto-evalúan sus propios bienes como el grado de atractivo, ingresos, etc., y lo intercambian en el mercado matrimonial por un cónyuge cuyos bienes complementan o substituyen los suyos (Lichter et al 1992; Wu 1995). A partir de esta perspectiva, se pueden identificar tres factores principales que explican las diferentes pautas de segundas nupcias tras una ruptura por el fallecimiento del cónyuge (cfr. Uhlenberg 1989; Smith et al. 1991; Wu 1995):

- Las factores que afectan o restringen las oportunidades de segundas nupcias;
- Las cualificaciones del candidato (elegibilidad) comparando con sus competidores;
- Necesidades económicas y emocionales.

Oportunidades de matrimonio

El mercado matrimonial de segundas nupcias determine el numero de parejas disponibles para el matrimonio e influye sobre los costes de búsqueda y los beneficios potenciales del matrimonio (Wu 1995), donde, lógicamente, un exceso de parejas potenciales elegibles tiene un impacto positivo sobre la probabilidad de casarse de nuevo (Uhlenberg 1989). En el caso de la población viuda, las viudas tienden a tener

una oportunidad reducida para las segundas nupcias lo que es debido a la diferencia en la mortalidad entre hombres y mujeres y la preferencia cultural de mujeres para casar con hombres más mayores (en promedio 2 o 3 años en España (Sánchez Vera y Bote Díaz 2007; Cabré 1994)) y con un estatus educativo más alto (hipergamia de edad y educativa (Uhlenberg 1989; Licher et al, 1992)).

Una de las medidas del efecto de las oportunidades de volver a casarse sobre las probabilidades de segundas nupcias es la relación de masculinidad por edad para la población no casada (Smith et al. 1991). Según el censo de 2001 la relación entre el sexo femenino y masculino para los no casados era 0,8 en la edad 30 a 44, 1,3 para la edad 45-59 años y alcanzó a 3,2 para los mayores de 60 años (INE 2004). Sin embargo, las tasas de segundas nupcias de viudas relativas a las de los viudos iban aún más distorsionados: la probabilidad de que un viudo de 30-44 años se casó en 2001 era 2,0% frente a 0,6% para una viuda, es decir algo más que 3 veces más, la ratio subió a 1:8 en la edad 45-59 y alcanzó a 1:20 para la población 60+. Eso no quiere decir que hubo muchos viudos que se casaron de nuevo, porque sólo lo hizo un 0,2% del total, sino que únicamente 232 viudas mayores de 60 años entraron en segundas nupcias en 2001 de un total de 1,9 millón (INE 2004 y INE 2008; elaboración propia).

Aunque la mayoría de las viudas tienen una oportunidad reducida para volver a casarse, el hecho es que algunas sí se vuelven a casar. Por otra parte, viudos tiene una mejor oportunidad para volver a casarse, aunque muchos no lo hacen. Con este conocimiento nos preguntamos, entonces, ¿que factores, aparte de las oportunidades de segundas nupcias en términos de la disponibilidad de solteros o solteras, tienen influencia sobre las posibilidades que los viudos / las viudas se vuelven a casar?

Elegibilidad

No sólo el número de parejas que se considera aceptables y que son disponibles influyen las posibilidades para encontrar a una persona adecuada para el matrimonio (independiente si desea), sino también el propio grado de atractivo como cónyuge potencial. Uno de los motivos por los que muchos de los viudos mayores no se casan de nuevo dado al exceso de mujeres en el mercado matrimonial es porque no tienen las cualidades adecuadas como la atracción física y ingresos altos para poder atraer a una pareja potencial que sea aceptable para el. Como consecuencia, personas que son muy

elegibles en el mercado matrimonial tendrían más posibilidad para un nuevo matrimonio porque tienden a recibir más ofertas de matrimonio y por eso incurren en menos gastos de búsqueda (Wu 1995).

Necesidades económicas y emocionales

En la literatura sobre nupcias y segundas nupcias se encuentran varias teorías e ideas relacionadas con las necesidades de las personas que les provocan tener o no interés en una (nueva) pareja o preferir otro tipo de relación que no sea el matrimonio, como la cohabitación o el LAT. Se pueden dividir estas necesidades en dos tipos: económicas y familiares/emocionales.

Necesidades financieras y materiales – La transición del matrimonio a la viudedad está frecuentemente acompañada por el rápido aumento en la pobreza, sobre todo entre las viudas (Zick y Holden 2000). De esta manera, se podría asumir que la conveniencia de segundas nupcias disminuiría con el aumento en estatus económico (Wu 1995), lo que aumentaría las relaciones estables con menor compromiso. Para ilustrar con un ejemplo, en el pasado – cuando la mayoría de los matrimonios terminaban en la muerte de uno de los cónyuges y la viudedad a menudo ocurría durante una fase del ciclo de vida cuando habían presentes hijos dependientes en un entorno con escasas oportunidades de empleo (sobre todo para las viudas), la dificultad de combinar el empleo con criar a los hijos (en general para los viudos) y una falta de seguridad social – las segundas nupcias ofrecían la solución a los problemas económicos creado por el fallecimiento de la pareja. En tiempos más recientes, sin embargo, por el aumento de la supervivencia pocos niños experimentan la muerte de uno de sus progenitores, lo que significa que hay menos urgencia para viudos y viudas para encontrar una nueva pareja por motivos económicos o domésticos, que va en oposición al efecto que tiene el divorcio (Uhlenberg, 1989). No obstante, en el caso que haya niños pequeños estos factores todavía juegan un role importante.

Necesidades familiares y emocionales – En cambio, son sobre todo los viudos que son más dependientes de su mujer para su bienestar emocional, porque tienen pocos confidentes y reciben menos apoyo emocional de sus hijos después la viudedad porque la relación con los hijos era menos estrecha. Eso lo que hace como un motivo para viudos para tener una nueva relación. En cambio, los padres o los hijos de las mujeres

viudas las acompañan y consuelan más y apoyan materialmente. Por eso, recomprometerse en la formación de una pareja de forma completa resulta eficaz en el cumplimiento de las necesidades fundamentales de relación, reducción de la soledad, y la aportación de significado de la vida futura, sobre todo para los viudos (Stevens 2002). Por ejemplo, según un estudio hecho por Gierveld y Dykstra (1998), la soledad que experimentan hombres mayor que 55 años es igualmente baja si todavía están en su primer matrimonio o en su segundo después de haber sido enviudado, pero más elevado si están viudos sin haber casado de nuevo. En cambio, la sensación de soledad entre las mujeres viudas que están casadas por segunda vez es tan alta como la de las viudas solas. Una explicación es que mujeres necesitan otras relaciones estrechas para satisfacer sus necesidades emocionales, por ejemplo con hijos y amigas, lo que explica porque los viudos, como promedio, se sienten más y las viudas menos en solitario en relaciones de tipo LAT que si estuvieron casados por segunda vez.

Al realizarse en un contexto de pérdida, el proceso de toma de decisiones de viudos y viudas sobre formar una nueva pareja, la forma de convivencia, el tipo de vida, etc., es complejo, porque en él influyen una multitud de factores. Desde un punto de vista demográfico los factores más destacables son:

- la edad: tiene una relación negativa con el estado de salud y la longevidad de una persona viuda que la hace menos elegible en el mercado matrimonial;
- el sexo: no sólo hay más viudas que viudos como consecuencia de la sobremortalidad masculina, sino también son sobre todo las viudas que, por diferentes motivos, no muestran interés en buscar una nueva pareja; y
- el estatus económico: aunque un buen número de viudos tienen interés en formar una nueva pareja, muchos no la llegan a formar porque no son suficientemente atractivos económicamente para las adecuadas parejas potenciales.

Sin embargo, aunque entrar en segundas nupcias no es tan común para la población viuda (sobre todo en la edad tardía) comparada con la población separada o divorciada, hoy en día hay menos obstáculos sociales y culturales para poder hacerlo, en parte, por los cambios de normas y valores y, en parte, por la mejor situación económica de los (recién) jubilados. Es decir, la falta de interés o el rechazo a una oferta de matrimonio o relación estable con o sin cohabitación se basa más en motivos personales –no renunciar

a la nueva libertad y independencia o huir de la perspectiva de cuidar a un hombre otra vez en el futuro— que por motivos culturales, religiosos, o sociales —como por ejemplo cuando las segundas nupcias estaba más estigmatizado, los viudos y las viudas temían tener que enfrentarse a la oposición de los hijos—.

5 Glosario

Abajo hay una lista de conceptos y palabras ingleses y su equivalente en castellano que han sido usados en este trabajo que viene mayoritariamente de la sociología de familia. En las ocasiones que no se ha podido obtener una equivalente en el castellano se ha facilitado una traducción propia o una solamente definición:

Assortative mating – Homogamia (unión entre personas con ciertas características en común)

Bargaining power – Poder de negociación

Being partnered – Tener pareja

Cohabiting – Cohabitación

Coping strategies – Estrategias de afrontamiento

Couple companionate friendships – Amistades estructuradas sobre la base de las parejas

Courtship – Noviazgo

Cross-gender friendships – Amistades entre hombres y mujeres

Dating – Tener citas

Decisión making – Toma de decisiones

Gains to trade model – Modelo que postula que las ventajas de la unión son las más altas cuando los hombres y las mujeres siguen la división tradicional del trabajo y las parejas intercambian estos servicios

Hazard rate – Tasa de riesgo - también tasa de primera categoría (viene del francés) o tasa de exposición

Heterogamy – Heterogamia (unión entre personas con ciertas características distintas)

Homemaker skills/homemaking – Habilidades como ama de casa/economía domestica

Homemaking – Economía domestica

Job-search – Búsqueda del empleo

Living Apart Together (LAT) – Unión consensual sin cohabitación

Living arrangements – Modalidad de convivencia

Marital conflicts – Conflictos conyugales

Marriage market – Mercado matrimonial

Marriage squeeze – un desequilibrio por sexo en el mercado matrimonial

Marriage timing – Calendario de la nupcialidad

Matching – Emparejamiento

Pathways – Itinerarios/caminos

Rational choice – Elección racional

Remarriage – Segundas nupcias/volver a casarse/nuevo matrimonio

Repartnering – Emparejar de nuevo

Search behaviour – Comportamiento de búsqueda

Second Demographic Transition – Segunda transición demográfica (SDT)

Spouse-search – Búsqueda de una pareja

Stepfamily – Familia recompuesta

Timing – el momento (de las segundas nupcias, de tener hijos, etc.)

Traditional gendered family roles – Roles de género tradicionales en la familia

Referencias

- AIKEN, L. R. (2002). *Human development in adulthood*. New York: Kluwer Academic Publishers.
- ALBERDI, I. y P. ESCARIO (1986). *Estudio sociologico sobre las viudas en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- ANTONUCCI, T. C., J. E. LANSFORD, L. SCHABERG, J. SMITH, M. M. BALTES, A. HIROKO, K. TAKASHASHI, R. FUHRER, J-F. DARTIGUES (2001), Widowhood and illness: A comparison of social network characteristics in France, Germany, Japan, and the United States. *Psychology and Aging* 16(4): 655-665.
- BAUMAN, Z. (1993). Review: the transformation of intimacy: sexuality, love and eroticism in modern societies. *The Sociological Review* 41(2): 363-368.
- BAUMAN, Z. (2005). *Amor líquido acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- BECK, U. and E. Beck-Gernsheim (2001). *El Normal caos del amor: Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: El Roure Paidós.
- BECKER, G. S. (1987). *Tratado sobre familia*. Madrid: Alianza D.L.
- BEN-SHLOMO, Y., G. D. SMITH, M. SHIPLEY AND M. G. MARMOT (1993). “Magnitude and causes of mortality differences between married and unmarried men.” *Journal of Epidemiology and Community Health* 47(3): 200-205.
- BONGAARTS, J. (1989). The demographic determinants of the duration and incidence of widowhood. E. GREBENIK, C. HOHN Y R. MACKENSEN (eds). *Later phases of the family cycle: demographic aspects*. Oxford, United Kingdom: Clarendon Press: pp. 55-65.
- BOZON, M. and F. HÉRAN (1989). “Finding a Spouse. A survey of how French couples meet.” *Population* 44(1): 91-121.
- BOZON, M. y F. HÉRAN (2006). *La formation du couple. Textes essentiels pour la sociologie de la famille*. Paris: La Découverte.
- BUMPASS, L., J. SWEET y T. C. MARTIN (1990). “Changing patterns of remarriage.” *Journal of Marriage and the Family* 52: 747-756.
- BURGOA, M., E. REGIDOR, C. RODRIGUEZ y J. L. GUTIERREZ-FISAC (1998). “Mortality by cause of death and marital status in Spain.” *European Journal of Public Health* 8(1): 37-42.
- BURGUIÈRE, A. (1981). Réticences théoriques et intégration pratique du remariage dans la France d'Ancien-Régime - dix-septième - dix-huitième siècles. En: J. DUPÂQUIER, E. HELIN, P. LASLETT, M. LIVI-BACCI y S. SOGNER (eds). *Marriage and remarriage in populations of the past*. London: Academic Press: pp. 67-77.
- BURKHAUSER, R. V., P. GILES, D. R. LILLARD y J. SCHWARZE (2005). “Until death do us part: An analysis of the economic well-being of widows in four countries.” *The Journals of Gerontology: Series B Psychological sciences and social sciences* 60B(5): S238-46.

- CABRÉ, A. (1994). Tensiones inminentes en los mercados matrimoniales. J. NADAL (eds). *El mundo que viene*. Madrid: Alianza Editorial: pp. 37-62.
- CARR, D. (2004). "The desire to date and remarry among older widows and widowers." *Journal of Marriage and the Family* 66(4): 1051-1068.
- CARR, D. y R. UTZ (2002). "Late life widowhood in the United States: New directions in research and theory." *Ageing International* 27(1): 65-88.
- CARRASCO, C., A. ALABART, M. MAYORDOMO y M. MONTAGUT (1997). Situación de las mujeres en familias monoparentales y unipersonales: un análisis de casos. C. CARRASCO, A. ALABART, M. MAYORDOMO y M. MONTAGUT (eds). *Mujeres, trabajos y políticas sociales: una aproximación al caso español*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos sociales, Instituto de la Mujer: pp. 201-213.
- CHEUNG, Y. B. (2000). "Marital status and mortality in British women: a longitudinal study." *International Journal of Epidemiology* 29(1): 93-99.
- CHIPPERFIELD, J. G. y B. HAVENS (2001). "Gender differences in the relationship between marital status transitions and life satisfaction in later life." *The Journals of Gerontology; May 2001; 56B, 3; 56B(3)*: 176-186.
- COLEMAN, M., L. GANONG y M. FINE (2000). "Reinvestigating remarriage: Another decade of progress." *Journal of Marriage and the Family* 62(4): 1288-1307.
- CORTINA, C. (2007). ¿Quien se empareja con quien? Mercados matrimoniales y afinidades electivas en la formación de las parejas en España. Tesis Doctoral. Bellaterra (BCN): Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Barcelona.
- DAVIDSON, K. (2001). "Late life widowhood, selfishness and new partnership choices: a gendered perspective." *Ageing and Society* 21: 297-317.
- DAVIDSON, K. (2002). "Gender differences in new partnership choices and constraints for older widows and widowers." *Ageing International* 27(4): 43-60.
- DAVIDSON, K. y G. FENNELL (2002). "New intimate relationships in later life." *Ageing International* 27(4): 3-10.
- DE JONG GIERVELD, J. (2002). "The dilemma of repartnering: Considerations of older men and women entering new intimate relationships in later life." *Ageing International* 27(4): 61-78.
- DE JONG GIERVELD, J. (2004). "Remarriage, unmarried cohabitation, Living Apart Together: Partner relationships following bereavement or divorce." *Journal of Marriage and the Family* 66(1): 236-243.
- DE JONG GIERVELD, J. y P. DYKSTRA (1998). Eenzaam of niet eenzaam? Identificatie van eenzaamheidsrisicogroepen onder oudere mannen en vrouwen [Lonely or not lonely? Identification of risk groups for loneliness among older men and women]. M. I. BROESE VAN GROENOU, D. J. H. DEEG, C. P. M. KNIPSCHEER y L. G. J. (eds). *VU Visies op Veroudering*. Amsterdam: Thela Thesis: pp. 173-179.
- DÉSESQUELLES, A. y N. BROUARD (2003). "The family network of people aged 60 and over living at home or in an institution." *Population (English edition)* 58(2): 181-206.

- DYKSTRA, P. A. (1995). "Loneliness among the never and formerly married: The importance of supportive friendships and a desire for independence." *The Journals of Gerontology: Series B Psychological sciences and social sciences* 50: S321–S329.
- ESTEVE, A. y C. CORTINA (2006). "Changes in educational assortative mating in contemporary Spain." *Demographic Research* 14(17): 405-428.
- ESTEVE, A. y R. MCCAA (2007). "Homogamia educativa en México y Brasil, 1970-2000: pautas y tendencias." *Latin American Research Review* 42(2): 56-85.
- FERDÁNDEZ CORDÓN, J. A. y C. TOBÍO (1998). "Las familias monoparentales en España." *Revista Española de Investigaciones Sociológica, REIS* 83: 51-85.
- FLAQUER, L. (1994). *Las familias monoparentales en España y en Europa: Dinámica interna*. Actas del Simposium Internacional sobre la figura del padre en las familias de las sociedades desarrolladas, Las Palmas, Gobierno de Canarias: pp. 319-355.
- FU, H. AND N. GOLDMAN (1996). Incorporating health into models of marriage choice: Demographic and sociological perspectives. *Journal of Marriage and the Family* 58(3): 740-758.
- GARCÍA, J. L. (2005). *La sexualidad y la afectividad en la vejez*. Madrid: Portal Mayores, Informes Portal Mayores nº 41.
- GIDDENS, A. (1989). *Sociology*. Cambridge, RU: Polity Press.
- GIDDENS, A. (1992). *Transformation of Intimacy: Sexuality, love & eroticism in modern societies*. Cambridge: Polity Press.
- GROSSBARD-SHECHTMAN, S., Ed. (2003). *Marriage and the Economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HOLDEN, K. C. y P. J. SMOCK (1991). "The economic costs of marital dissolution: Why do women bear a disproportionate cost?" *Annual Review of Sociology* 17: 51-78.
- HOULE, R., M. SOLSONA y R. TREVIÑO (2001). Divorcio y trayectorios familiares post-ruptura ¿Un fenómeno nuevo? *Papers de Demografia*. Bellaterra, Spain: Centre d'Estudis Demogàfics (UAB).
- HU, Y. y N. GOLDMAN (1990). "Mortality differentials by marital status: An international comparison." *Demography* 27(2): 233-250.
- INE (2004). Censos de Población y Viviendas 2001. Resultados definitivos. www.ine.es. [Fecha de acceso: 18-10 2007].
- INE (2008). Movimiento Natural de la Población. Matrimonios Año 2001. Matrimonios por edad de los cónyuges, sexo y estado civil anterior de los cónyuges. www.ine.es. [Fecha de acceso: 23-1 2008].
- JANSSEN, J. P. G. (2002). Do opposites attract divorce? Dimensions of mixed marriage and the risk of divorce in The Netherlands. Nijmegen, Paises Bajos: Sociale Wetenschappen, Katholieke Universiteit Nijmegen.
- JOUNG, I. M. A. (1996). Marital status and health: descriptive and explanatory studies. Rotterdam, Paises Bajos: Department of Public Health, Erasmus University Rotterdam.

- JOUNG, I. M. A., J. J. GLERUM, F. W. A. VAN POPPEL, J. W. P. F. KARDAUN y M. J.P. (1996). "The contribution of specific causes of death to mortality differences by marital status in the Netherlands." *European Journal of Public Health* 6: 142-149.
- KALEDIENE, R., J. PETRAUSKIENE y S. STARKUVIENE (2007). Inequalities in mortality by marital status during socio-economic transition in Lithuania. *Public Health* 121(5): 385-392.
- KALMIJN, M. (1991). "Status homogamy in the United States." *American Journal of Sociology* 97(2): 496-523.
- KALMIJN, M. (1994). "Assortative mating by cultural and economic occupational status." *The American Journal of Sociology* 100(2): 422-452.
- KUNST, A. E. (1997). Cross-national comparisons of socio-economic differences in mortality. Tesis. Rotterdam, Países Bajos, Erasmus University Rotterdam.
- LAMME, S., P. A. DYKSTRA y M. I. BROESE VAN GROENOU (1996). Rebuilding the network: New relationships in widowhood. *Personal Relationships* 3: 337-349.
- LEVIN, I. y J. TROST (1999). "Living Apart Together." *Community, Work and Family* 2(3): 279-293.
- LICHTER, D. T., D. K. MCLAUGHLIN, G. KEPHART y D. J. LANDRY (1992). "Race and the retreat from marriage: A shortage of marriageable men?" *American Sociological Review* 57(6): 781-799.
- LOPATA, H. Z. (1996). *Current widowhood: Myths & realities*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- LÓPEZ DOBLAS, J. (2005). *Personas mayores viviendo solas. La autonomía como valor en alza*. Madrid: IMSERSO.
- MARTIKAINEN, P., T. MARTELIN, E. NIHTILÄ, K. MAJAMAA y S. KOSKINEN (2005). "Differences in mortality by marital status in Finland from 1976 to 2000: Analyses of changes in marital-status distributions, socio-demographic and household composition, and cause of death." *Population Studies* 59(1): 99-115.
- MARTIKAINEN, P. y T. VALKONEN (1996). "Mortality after death of spouse in relation to duration of bereavement in Finland." *Journal of Epidemiology and Community Health* 50(3): 264-268.
- MINEAU, G. P., K. R. SMITH y L. L. BEAN (2002). "Historical trends of survival among widows and widowers." *Social Science & Medicine* 54(2): 245-254.
- MOORMAN, S. M., A. BOOTH y K. L. FINGERMAN (2006). "Women's romantic relationships after widowhood." *Journal of Family Issues* 27(9): 1281-1304.
- MORENO, A. (2000). "Las familias monoparentales en España." *Revista Internacional de Sociología, Tercera época* 26: 39-63.
- MORGAN D. L. y S.J. MARCH (1992). The Impact of Life Events on Networks of Personal Relationships: A Comparison of Widowhood and Caring for a Spouse with Alzheimer's Disease. *Journal of Social and Personal Relationships*, 9: 563-584.
- MORGAN, L. A. y S. R. KUNKEL (1998). *Aging: The social context*. Thousand Oaks, CA, EE.UU.: Pine Forge Press.

- OFFICE FOR NATIONAL STATISTICS (2002). Population: Marriage, divorce and adoption statistics. Review of the Registrar General on marriages, divorces and adoptions in England and Wales. *Series FM2 28*. London: The Stationery Office.
- OFFICE FOR NATIONAL STATISTICS (2007a). Marriages: 1961-2003, Age and previous marital status: a. males. Reference Number PMH32AG. <http://www.statistics.gov.uk>. [Fecha de acceso: 6 November 2007].
- OFFICE FOR NATIONAL STATISTICS (2007b). Marriages: 1961-2003, Age and previous marital status: b. females. Reference Number PMH32BG. <http://www.statistics.gov.uk>. [Fecha de acceso: 6 November 2007].
- OFFICE FOR NATIONAL STATISTICS (2007c). Mid-1991 to Mid-2000 revised marital status population estimates: England and Wales. Estimated resident population by single year of age and sex: Revised in light of the 2001 Census and the local authority population studies. Reference number MS91-00. <http://www.statistics.gov.uk>. [Fecha de acceso: 6 November 2007].
- OPPENHEIMER, V. K. (1977). "The sociology of women's economic role in the family." *American Sociological Review* 42(3): 387-406.
- OPPENHEIMER, V. K. (1988). "A theory of marriage timing." *The American Journal of Sociology* 94(3): 563-591.
- PÉREZ DÍAZ, J. (2001). Transformaciones sociodemográficas en los recorridos hacia la madurez. Las generaciones españolas 1906-1945. Tesis Doctoral. Madrid: Facultad de Ciencias, Políticas y Sociología, Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- PÉREZ DÍAZ, J. (2003). Feminización de la vejez y Estado del Bienestar en España. *Reis* 104: 91-121.
- PRIETO, S. (2006). *La sexualidad de las personas mayores*. Madrid: Portal Mayores, Informes Portal Mayores nº 57.
- QIAN, Z. (1998). "Changes in assortative mating: The impact of age and education, 1970-1990." *Demography* 35(3): 279-292.
- RUIZ, D. (1999). *Después del divorcio. Los efectos de la ruptura matrimonial en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- SÁNCHEZ VERA, P. y M. BOTE DÍAZ (2007). *Los mayores y el amor (una perspectiva sociológica)*. Valencia: Nau Llibres.
- SEGALEN, M. (1981). Mentalité populaire et remariage en Europe occidentale. En: J. DUPÂQUIER, E. HELIN, P. LASLETT, M. LIVI-BACCI y S. SOGNER (coor.). *Marriage and remarriage in populations of the past*. London: Academic Press: pp. 67-77.
- SIMÓ NOGUERA, C., T. CASTRO y A. SORO BONMATÍ (2005). The Spanish Case. The effects of the Globalization Process on the Transition into Adulthood. En: H.-P. Blossfeld, E. Klijzing, M. Mills and K. Kurz (coor.). *Globalization, Uncertainty and Youth in Society*. Londres: Routledge: pp. 345-402.
- SIMÓ NOGUERA, C., K. GOLSCH y N. STEINHAGE (2002). Increasing uncertainty in the Spanish labor market and entry into parenthood. *Genus* LVIII(1): 77-119.
- SMITH, K. R. y C. D. ZICK (1996). "Risk of mortality following widowhood: Age and sex differences by mode of death." *Social Biology* 43(1-2): 59-71.

- SMITH, K. R., C. D. ZICK y G. J. DUNCAN (1991). "Remarriage patterns among recent widows and widowers." *Demography* 28: 361-374.
- SMITS, J., W. ULTEE y J. LARNMERS (1998). "Educational homogamy in 65 countries: An explanation of differences in openness using country-level explanatory variables." *American Sociological Review* 63(2): 264-285.
- SOLSONA, M. y C. SIMÓ (2007), Evolución histórica del divorcio en España desde la aprobación de la ley de 1981 hasta la reforma de 2004. En: A. Cabré y P. Miret (coor.). *La constitución familiar en España*. Bilbao: Fundación BBVA.
- STEVENS, N. (2002). "Re-engaging: New partnerships in late-life widowhood." *Ageing International* 27(4): 27-42.
- SWEENEY, M. M. (1997). "Remarriage of women and men after divorce: The role of socioeconomic prospects." *Journal of Family Issues* 18: 479-502.
- SWEENEY, M. M. (2002). "Two decades of family change: The shifting economic foundations of marriage." *American Sociological Review* 67(1): 132-147.
- TREVIÑO, R. (2006). Estructura y dinámica de la monoparentalidad en España. Tesis Doctoral. Bellaterra, Spain: Facultat de Ciències, Politiques i Sociologia, Universitat Autònoma de Barcelona.
- TRILLA I BELLART, C. (2001). *La política de vivienda en una perspectiva europea comparada*. Colección Estudios Sociales, Núm.9. Barcelona: Fundación "la Caixa".
- UHLENBERG P. (1989). Remarriage: A life-cycle perspective. En: E. GREBENIK, C. HOHN y R MACKENSEN (coord). *Later Phases of the Family Cycle. Demographic Aspects*. Oxford: Clarendon Press: pp. 66-82.
- VAN DE KAA, D. J. (1987). "Europe's Second Demographic Transition." *Population Bulletin* 42(1).
- VAN DE KAA, D. J. (1988). *The Second Demographic Transition revisited: Theories and expectations*. Paper presentado en la conferencia sobre *Population and European Society*, organizado por la Commission of the European Economic Community y el European University Institute, Florence, 7-9 December.
- VAN DE KAA, D. J. (2004). Is the Second Demographic Transition a useful research concept? Questions and answers (eds). *Vienna Yearbook of Population Research*. Vienna: Austrian Academy of Sciences: pp. 4-10.
- WU, Z. (1995). "Remarriage after widowhood: A marital history study of older Canadians." *Canadian Journal on Aging* 14(4): 719-736.
- ZICK, C. D. y K. HOLDEN (2000). "An assessment of the wealth holdings of recent widows." *The Journals of Gerontology: Series B Psychological sciences and social sciences* 55 B(2): S90-7.

ÍNDICE

Presentación.....	1
1 Introducción.....	2
2 Antecedentes.....	4
3 Estado de la cuestión.....	8
3.1 El contexto social de la formación familiar en el siglo XXI: La Segunda Transición Demográfica.....	8
3.2 Apoyo familiar, amistades y la sexualidad de los enviudados	10
3.3 Conceptos y teorías relacionadas con la selección de pareja con enfoque especial a las segundas nupcias	15
3.3.1 Homogamia y heterogamia	15
3.3.2 Teorías de matrimonio	18
3.3.3 Otros factores que influyen la entrada en segundas nupcias para viudos	23
3.3.4 Living Apart Together	25
4 Tendencias sociodemográficas de las segundas nupcias entre los viudos y las viudas: Ejemplos de España y de otros países	27
4.1 Edad y sexo	28
4.2 Hijos y otros miembros de familia presente en el hogar	29
4.3 La edad al primer matrimonio, la duración de primer matrimonio y la edad de disolución del matrimonio	31
4.4 La duración de la viudedad	32
4.5 Estatus socioeconómico y la actividad laboral.....	33
4.6 Religión / valores.....	36
4.7 La salud, satisfacción en la vida y la supervivencia entre los viudos y las viudas.....	37
5 Un resumen de los factores que influyen la posibilidad de emparejarse de nuevo.....	41
6 Glosario.....	46
Referencias	48